



BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

El deslinde de Alfonso Reyes: trayectoria y devenir de la inteligencia americana

Tesis

Para obtener el título de:

Maestría en Literatura Mexicana

Presenta:

EDINSON ALBERTO ALADINO PERNIA

Asesor:

DR. ALEJANDRO LAMBARRY

Agosto de 2015

Ser crítico quería decir impulsar la elevación del pensamiento sobre todas las ataduras hasta el punto de que, como por encanto, a partir de la inteligencia de lo falso de esas ataduras vibre el conocimiento de la verdad.

WALTER BENJAMIN

El hombre entregado a sí mismo comienza, como el filósofo de Emerson, por ser un no conformista. La primera opinión del hombre sobre la materia, eso es el espíritu. Y de la opinión a la crítica sólo hay una diferencia de celeridad, pero no de sentido. El espíritu es la crítica misma; para aceptar hay que haber criticado mal.

ALFONSO REYES, *Obras Completas*, III.

Agradecimientos

Primero que todo, quiero expresar mi sincero agradecimiento a la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, que me abrió las puertas de su institución y me dio la oportunidad de seguir avanzando en el estudio noble de la literatura.

Igualmente, agradezco de manera grata al CONACYT, que a lo largo de estos dos años fungió como nuestro insigne Mecenaz; lo cual sirvió de estímulo para dar siempre lo mejor de sí en cada clase, en cada palabra, en cada página escrita.

También quiero agradecer a las siguientes personas que, directa e indirectamente, me acompañaron en la construcción de esta investigación:

Al Dr. Alejandro Lambarry, quien contribuyó con la elaboración y estructuración de mi tesis de maestría.

Al Dr. Felipe Ríos Baeza, cuyas críticas y sugerencias fueron fundamentales para el mejoramiento de este trabajo.

Al Dr. Amado Manuel Cortés, por sus agudos aportes conceptuales y su incondicionalidad tutelar.

Al Dr. Alejandro Palma, que me facilitó algunos textos claves para la disertación de ciertos capítulos.

A la Dra. Alicia Ramírez, a la Dra. Adela Pineda Franco, al Dr. Francisco Ramírez Santacruz, al Dr. Alí Calderón, y demás profesores de la BUAP, quienes compartieron con nosotros el fervor por las distintas literaturas, al igual que inquietudes, ideas, y preguntas encaminadas a bordear esas vastas cosmogonías.

Quiero aprovechar por último para agradecer a alguien no menos grato: a Alfonso Reyes, maestro literario. Las páginas que vienen a continuación son una manera tácita de rendirle homenaje.

Índice

Introducción	05
Capítulo I. Representaciones críticas sobre Alfonso Reyes: <i>El deslinde</i> en los estudios literarios hispanoamericanos	10
1.1 Los primeros atisbos exegéticos sobre <i>El deslinde</i>	11
1.2 La crítica posterior	20
1.3 Hacia una crítica actual	31
Capítulo II. Visión de Alfonso Reyes: en busca de una expresión americana	34
2.1 <i>Visión de Anáhuac</i> : alta meseta donde se detienen nuestros ojos	35
2.2 <i>A vuelta de correo</i> : la americanía andante de Alfonso Reyes	40
2.3 <i>Última Tule</i> : la utopía literaria de Alfonso Reyes	45
2.4 Concreción de una búsqueda cultural	50
Capítulo III. <i>El deslinde</i> de Alfonso Reyes: trayectoria y devenir de la inteligencia americana	57
3.1 Pensar lo literario	57
3.2 Intervención del pensamiento teórico	61
3.3 ¿Cómo funciona <i>El deslinde</i> ?	65
3.4 Estatuto de enunciación propia	76
Conclusiones	81
Bibliografía	88

Introducción

Una de las mayores inquietudes de Alfonso Reyes fue el tema de la identidad latinoamericana. Esto lo llevó a indagar en la naturaleza de su posición como escritor e intelectual en el mundo. A partir de esta búsqueda de identidad creó el concepto de “inteligencia americana”. El concepto de “inteligencia” va ligado al de irreverencia; la irreverencia que le permite al artista producir nuevas manifestaciones literarias a partir del reconocimiento de su identidad cultural. En consonancia con esto, Reyes elabora una teoría literaria en la obra *El deslinde* (1944) donde utiliza su propia perspectiva, reflexiones y experiencias, para analizar el fenómeno literario partiendo de sus indagaciones como escritor latinoamericano.

Los estudios sobre la teoría literaria de Reyes discurren bajo diversos campos de análisis: desde el enfoque de la teoría literaria comparada (Sebastián Pineda), pasando por el ejercicio de la crítica contemporánea que remite a la hermenéutica textual (Alfonso Rangel Guerra), hasta avanzar hacia una re-actualización de su obra crítica en el espacio de los estudios culturales (Fernández Retamar). En este sentido, se han tratado de establecer afinidades y diferencias entre la teoría literaria del autor mexicano y otras teorías literarias del siglo XX, como el formalismo ruso, el marxismo, el estructuralismo, el post-estructuralismo, entre otras. En lo que a la presente investigación se refiere, el acercamiento crítico que se llevó a cabo sobre la obra teórica de Alfonso Reyes fue a partir de la perspectiva de su pensamiento americanista, en donde se observa *El deslinde* como la culminación de la “inteligencia americana”.

La génesis de esta “inteligencia” sucede en *Visión de Anáhuac* (1917), texto escrito en España, desde el autoexilio. Allí Reyes comienza a pensar su condición de escritor latinoamericano, a direccionar sus ideas bajo la reivindicación de un estatuto literario en ese espacio trasnacional. Hace parte del campo cultural madrileño¹, colabora como responsable de una página cultural en la *Revista de Occidente*, dirigida por Ortega y Gasset, y de la *Revista de Filología Española*, fundada por Menéndez Pidal; a la vez que hace parte del Centro de Estudios Históricos de Madrid, donde amplía sus conocimientos sobre el trabajo de la crítica y la filología, concerniente a los clásicos del siglo de Oro español y otros autores de España e Hispanoamérica. Es decir, que esta época le sirve para ir consagrándose como un gran autor² y maestro de la investigación literaria. Dicha trayectoria reviste de nuevas dimensiones la perspectiva intelectual alfonsina.

En *A vuelta de correo* (1932) se consolida el concepto de “inteligencia americana”, pero ahora visto desde la dicotomía entre nacionalismo y cosmopolitismo. Reyes nunca perdió de vista el panorama de la literatura mexicana, a la vez que la difundía en varios campos literarios. Su correo literario era un correo universal, un espacio de producción y comunicación de la cultura. Un lugar donde la apropiación de la tradición americana y europea formaba parte de un *continuum* discursivo y dialógico. Con *Última Tule* (1942) el humanismo alfonsino retoma la discusión para no renunciar a su circunstancia americanista,

¹ Entendemos el concepto de “campo cultural” desde la perspectiva sociológica de Pierre Bourdieu. El “campo cultural” no es un espacio neutro de relaciones inter-individuales, sino que está estructurado como “un sistema de relaciones en competencia entre grupos de posiciones diversas, como un sistema de ubicaciones sociales a las que están adheridas posturas intelectuales y artísticas” (9). Para Bourdieu el autor no se conecta de modo directo a la sociedad, ni siquiera a su clase social de origen, sino a través de la estructura de un campo intelectual que funciona como mediador entre el autor y la sociedad. El “campo cultural” es un campo de posibilidades estratégicas, un espacio social de acción, donde se produce el saber, el arte, la literatura, entre otros.

² En este período ya cuenta con el despliegue de una bibliografía amplia, que la constituyen obras como *El cazador*, *El suicida*, *El plano oblicuo*, *Retratos reales e imaginarios*, *Visión de Anáhuac*, *Cartones de Madrid*, *Ifigenia Cruel*, *Calendario*, entre otros, que están agrupado en los tomos II y III de la edición de las Obras Completas del Fondo de Cultura Económica.

en beneficio de una libertad creativa, en torno a las bases de una problematización del pensamiento latinoamericano. La cultura universal de Reyes, su afición intelectual, y su gusto elaborado por los cenáculos artísticos europeos, no hicieron que apartara de su mentalidad de americano la tradición literaria de la que hace parte ni las preocupaciones sobre a las articulaciones culturales del continente al cual pertenece.

La trayectoria y el devenir de la “inteligencia americana” se origina y desarrolla en estos escritos, para concluir en una obra de madurez: *El deslinde*. Este texto, fuera de erigirse como la salutación bautismal de la teoría literaria hecha en América Latina, es una defensa de la creación del pensamiento producido desde dicho continente. Alfonso Reyes entiende que la cultura no se puede concebir bajo la estrechez del espíritu nacional, sino fundarla sobre el principio y la necesidad del cosmopolitismo que correspondía al ejemplo de Rubén Darío y al texto de Rodó, “quien en su Ariel (1900) no sólo había contrapuesto al espíritu materialista anglosajón el espíritu desinteresado latino sino, sobre todo, había invitado a la juventud de América a fortalecer esa personalidad histórica que él había definido en esa contraposición” (Girardot 2).

Reyes no niega la tradición reflexiva del siglo XIX desplegada por los principales intelectuales del continente americano. Asume ese pasado para intervenir con su labor humanista; retoma toda esa herencia para compaginar su proyecto intelectual con el destino del continente. Comprende que la cultura de las humanidades fue el resultado de un largo proceso que se inició con la Independencia a partir de figuras como Andrés Bello y Domingo Faustino Sarmiento, quienes lo pusieron en marcha y lo impulsaron en el siglo XIX. Reyes tenía por meta la construcción de una identidad cultural de América, es decir, “la toma de conciencia de la Novedad del Nuevo Mundo y, consiguientemente, de la situación y del papel

de ese Nuevo Mundo, que ahora eran las nuevas repúblicas, en la historia universal” (Girardot 2).

El autor regiomontano entra en el mundo de la teoría literaria, reflexionado de manera universal sobre el fenómeno de la literatura, y a la vez configurando una auténtica tradición del pensamiento latinoamericano. Si bien es cierto que pertenecemos a un continente periférico³, el concepto de “inteligencia americana” realiza una síntesis que une a través del diálogo nuestros saberes con el resto del mundo. *El deslinde* es la concreción del proyecto intelectual alfonsino, es el aporte de la “inteligencia americana”, es la obra donde se trazan mapas para la elucidación de la crítica literaria latinoamericana; libro donde convergen las dos caras de Jano: las inquietudes de Reyes como escritor y su compromiso humanista.

Cabe decir, que la presente investigación forma parte de los aportes que otros investigadores han elaborado sobre el tema. Bajo esta premisa, se tuvieron en cuenta los estudios de críticos contemporáneos que han revisado algunos aspectos de la teoría literaria de Alfonso Reyes. Entre ellos destacan Roberto Fernández Retamar, Amelia Barili, Ignacio Sánchez Prado, Sebastián Pineda, Alfonso Rangel Guerra y Víctor Barrera Enderle, entre otros. Esta investigación se propuso entrar en la discusión que dichos autores han iniciado en torno a la teoría literaria en el ámbito hispanoamericano, la aportación de la obra teórica de

³ El concepto de centro y periferia es asumido aquí como el propio Reyes lo establece. Para él América Latina debía proyectarse de cara a un internacionalismo de la cultura, en la que alcanzara una “mayoría de edad” suficiente para superar el lugar periférico o la marginalidad que ocupaba el continente. Como latinoamericanos nacemos en un suelo que no es el foco de la “civilización”, que no es el centro de la cultura. Esto nos da un terreno de ampliación e intervención, para proponer cuestionamientos acerca de las condiciones en las cuales estamos como individuos que viven en la periferia, determinados por una hibridación social, que no hace parte de las categorías mono-céntricas europeas, pero que al mismo tiempo nos determinan para ejercer una revisión y reconstrucción de las diferencias sociales en el sentido de interrogar nuestras representaciones culturales. Para ahondar más en el tema, véase el capítulo dos de la presente investigación.

Reyes a la identidad del escritor latinoamericano y el papel del autor en la fundación del campo cultural mexicano.

Para examinar las ideas literarias de Alfonso Reyes en relación con su contexto, se apeló a los postulados de Pascale Casanova en torno a la sociología de la literatura, en específico a la inserción de los autores en el marco de la república internacional de las letras, para analizar la incidencia en el campo cultural latinoamericano de lo propuesto por el autor mexicano. Para abarcar la teoría de Reyes y elaborar una apreciación crítica frente a ella, se recurrió a las investigaciones de autores como Ignacio Sánchez Prado, Víctor Barrera Enderle y Sebastian Pineda, entre otros, así como los de Gilles Deleuze y Félix Guattari acerca de la literatura.

Este trabajo está dividido en tres capítulos. El primero corresponde a un análisis sobre la relevancia de *El deslinde* en el contexto social y cultural de los estudios literarios contemporáneos. En el segundo se observan e indagan tres textos de Alfonso Reyes, *Visión de Anáhuac*, *A vuelta de correo* y *Última Tule*, con el fin de presentar la génesis y desarrollo del concepto de “inteligencia americana”. En el tercer y último capítulo se lleva a cabo el análisis de *El deslinde* a partir del concepto de “inteligencia americana”. En este apartado se realiza una reflexión concerniente a lo expuesto en los dos capítulos anteriores, para reforzar y ampliar la investigación frente al objeto de estudio. Asimismo, se da concreción a la propuesta central del trabajo, abriendo el camino interpretativo para ingresar en la discusión teórica sobre Alfonso Reyes.

Capítulo I

Representaciones críticas sobre Alfonso Reyes:

El deslinde en los estudios literarios hispanoamericanos

En Alfonso Reyes siempre confluyeron dos instancias: la del creador y la del crítico teórico. Es decir, el sujeto que vive *la experiencia literaria* y el sujeto que teoriza sobre dicha experiencia. Desde sus primeros trabajos (*Cuestiones estéticas*, 1911) vemos en él el interés por abordar asuntos concernientes a la creación poética, la naturaleza del lenguaje y el fenómeno de la literatura. La teoría literaria fue una constante en el pensamiento de Alfonso Reyes. De ahí que erigiera *El deslinde* (1944)⁴ como una respuesta a sus preocupaciones primeras. En este libro se reúne el esfuerzo y la culminación de sus indagaciones sobre el objeto literario. A la vez es la concreción de un proyecto intelectual vasto y complejo: la elaboración de una teoría literaria.

Cabe señalar que hay diversos estudios sobre este texto, que algunos⁵ conciben como la piedra fundacional en el campo teórico-literario hispanoamericano. Para emprender una nueva conceptualización del planteamiento crítico de Reyes, primero hay que partir de los aportes que otros investigadores han elaborado al respecto. Por este motivo, el propósito del presente capítulo es hacer una relectura de los diferentes enfoques –o ejes temáticos- bajo los cuales ha sido abordado *El deslinde*.

⁴ Este libro es la cristalización de ideas que Reyes venía trabajando en obras anteriores como *La crítica en la edad ateniense* (1941), *La antigua retórica* (1942) y *La experiencia literaria* (1942).

⁵ Entre los estudiosos que albergan esta idea sobre *El deslinde*, se encuentran Víctor Barrera Enderle, Ignacio Sánchez Prado y Sebastian Pineda. Los cuales analizaremos en las últimas páginas de este capítulo.

1.1 Los primeros atisbos exegéticos sobre *El deslinde*

Como bien lo señala Alfonso Reyes en el prólogo a *El deslinde*, este libro tuvo su origen en las conferencias que impartió en la Universidad de Morelia, entre mayo y junio de 1940:

Las lecciones originales, necesariamente limitadas por la circunstancia, han sido objeto de sucesivas transformaciones posteriores y han ido dando de sí nuevos desarrollos. Entonces se trataba de situar nuestra materia dentro del cuadro general de una cultura, abarcando a grandes trazos un panorama inmenso, y prescindiendo, además, de muchos sondeos que hubieran resultado excesivos. (17)

Le habían pedido que diera un curso sobre el fenómeno literario. En ese curso se enfrentó con un problema medular: los fundamentos de la teoría literaria. Las conferencias que dio en Morelia desembocaron en un trabajo más esquematizado: el tema del objeto literario frente a otras disciplinas del espíritu como la historia, la matemática y la teología. Pensar lo que es y lo que no es la literatura: deslindar. De 1939 a 1942, Reyes se entregó a la construcción de *El deslinde* bajo la metodología del libro de Arnold J. Toynbee, *A Study of History*, que había adquirido como marco referencial, y bajo la opinión tutelar del filósofo español José Gaos. Según nos refiere Ernesto Mejía Sánchez, en 1943 el escritor regiomontano inauguró en un curso de 13 conferencias en el Colegio Nacional, de mayo a junio, temas que se despliegan de su teoría (8). En febrero de 1944, entrega la obra aguardada a la imprenta en el Colegio de México. Fruto del trabajo sin reposo, de la disciplina y compromiso adquirido durante años a indagar sobre el fenómeno literario, se concreta entonces el “paso de la experiencia literaria a la teoría” (Guerra 85).

Publicado *El deslinde*, empiezan a surgir los primeros comentarios sobre el libro. La lista de autores es considerable⁶. Estamos hablando del período entre 1944 y 1945. Muchos de sus críticos hacían parte de un cúmulo reconocido de intelectuales mexicanos e hispanoamericanos. El primero de ellos es Raúl Rangel Frías, quien recalca la importancia que significó el esfuerzo emprendido por Reyes para trazar una visión unificada del quehacer literario llevado al plano del análisis sistematizado: “Entusiasmo y disciplina, porfiado rigor para develar los problemas estéticos, construye sin desmayo una filosofía de la sensibilidad artística” (1). Por el mismo año (1944), Ermilo Abreu Gómez empieza a dar sus opiniones. Refiere que ha leído dos veces el libro, dado que su estilo lo llevó a esa necesidad para poder vencer las dificultades de la comprensión y aprehender el significado en su conjunto: “Penetrar la esencia y alcanzar el sentido de este libro supone lucha, pelea, verdadera actitud de réplica y contrarréplica”. Y concluye: “El libro de Alfonso Reyes es dignísimo alarde de las inquietudes del más grande de nuestros escritores (...) Estas páginas constituyen el ensayo más colosal de técnica literaria que nadie, en muchos años, haya jamás logrado” (10).

Por esas mismas fechas, José Antonio Portuondo escribe en La Habana un artículo sobre *El deslinde*. El ensayo está dividido en tres partes. La primera presenta un registro del panorama de los estudios literarios que precede a la aparición del libro de Reyes; en la segunda, se exponen, de manera resumida, algunas temáticas de éste; y en la última, se realiza una valoración del mismo. Portuondo hace un rastreo de los antecedentes sobre teoría literaria en Hispanoamérica, donde cita un compendio de autores que se dedicaron a estudiar el

⁶ En este primer marco referencial, se reúnen los comentarios y juicios de algunos contemporáneos de Reyes. Quienes, inicialmente, se encargaron de analizar y difundir la obra. Es preciso enfatizar que los autores aquí reunidos hacen parte de una nómina que corresponde a las primeras impresiones que despertó *El deslinde* a partir de su aparición. Este es el punto de partida, para luego enfocarnos en autores que, posteriormente, realizaron consideraciones al respecto.

fenómeno literario desde diferentes perspectivas⁷. Igualmente, se ocupa de ofrecer los planteamientos de ciertos estudiosos y ensayistas como Santayana, Luckás, Roman Ingarden, Ogden y Richards. Después de este recorrido, afirma lo siguiente: “El primer intento de dejar fundada de un modo estable la Teoría de la Literatura está contenido en *El deslinde*, de Alfonso Reyes. En este libro, como advierte el propio autor en su prólogo, culminan los estudios realizados por él en torno al problema literario” (590).

Es claro que el juicio de José Antonio Portuondo, más allá de entrar en un análisis exhaustivo de la obra, está orientado hacia la divulgación. Sus páginas nos muestran un marco muy general de *El deslinde*, exponiendo algunas ideas del libro, con sus divisiones y subdivisiones, haciendo hincapié en la labor resuelta de Reyes al ofrecernos “un primer paso hacia la teoría literaria”:

El deslinde es el primer intento científico de sistematización de la Teoría de la Literatura y una rica fuente, además, para el planteamiento de sus problemas fundamentales que se encuentran esbozados, en buena parte, en sus páginas agudas y eruditas. A ellas habrá que ir siempre en busca de apoyo y punto de partida. Lo cual es prueba de su eficacia y prenda de inmortalidad. (599)

Tanto Abreu Gómez como José Portuondo, declaran que *El deslinde* es un libro de difícil lectura, cargado de una erudición exhaustiva, con “la aridez de ciertos tratados alemanes cuya rica almendra no puede ser degustada sin tensión y sin lucha” (Portuondo 598). La complejidad del contenido y el tono que Alfonso Reyes empleó para la exposición de sus

⁷ La lista abarca a Roberto Brenes Mesén (Costa Rica), Roberto Agromonte, Pedro Salinas, Antonio S. de Bustamante y Montoro; el portugués Fidelino de Figueiredo; luego Medardo Vitier y Aurelio Boza Masvidal (Cuba); a Ulrich Leo (Venezuela), Raimundo Lida (Argentina), Agustín Yáñez y José Luis Martínez (México). En la gran mayoría de los trabajos de estos autores se entremezclan estudios sobre teoría literaria, historia, estilística y ciencia de la literatura; sin embargo, ninguno se enfoca a proponer una teoría literaria como tal (Portuondo 586-588).

ideas, estaban lejos de su habitual prosa ensayística. Por ello tuvo que aclararle a uno de sus críticos, Alfonso Méndez Plancarte, en una carta personal, que este libro no era un ensayo, dado que los asuntos tratados en él lo habían llevado a adquirir otro tono distinto al que acostumbraba:

El deslinde no es un ensayo literario. Yo, cuando quiero tratar estos temas desde el punto de vista literario, lo hago como en mi libro *La experiencia literaria*. Pero *El deslinde* tiene otro objeto y, en consecuencia, otro procedimiento: es un libro científico, de una ciencia que yo no he inventado. Dentro de ella, representa un esfuerzo por abarcar de frente y en conjunto un problema que hasta hoy ha sido soslayado por los autores de la materia, como sin duda usted lo habrá apreciado. (Guerra 91-92)

El fondo de la crítica de Alfonso Méndez Plancarte se centra en el cuestionamiento del lenguaje técnico y en la estructura de divisiones y subdivisiones que, en su concepto, “enmarañan la liquidación final del lector” (Plancarte 3-9)⁸. Alfonso Reyes hace la defensa afirmando que la estructura, la concepción y el sentido de *El deslinde* corresponden a una sistematización concienzuda de la obra, en términos, de lo que él mismo llama, libro científico. No obstante, como veremos más adelante, el mismo Reyes replanteará sus ideas sobre este punto.

Hasta el momento, hemos visto que *El deslinde* había despertado inquietud y sorpresa en los contemporáneos de Reyes. Alfonso Rangel Guerra declara:

⁸ Este crítico realizó cuatro trabajos sobre *El deslinde*. En el primer ensayo (*El deslinde, de Alfonso Reyes*) se concentra en los tecnicismos manejados en la obra; en el segundo y el tercero (*El “ente religioso” en El deslinde de Reyes y La Iglesia y la Escolástica en El deslinde de Reyes*) intenta precisar las afirmaciones del autor sobre lo eclesiástico, lo religioso y lo teológico. En el cuarto (*Hermosura y verdad en El deslinde de Reyes*) deja el aspecto de la teología para hacer un reconocimiento de la labor desarrollada por Reyes. Plancarte rechaza la afirmación de Reyes sobre el pensamiento eclesiástico en cuanto a su “compulsión dogmática”, pues no acepta dicha concepción en el que se delimita el pensar religioso como mero debilitamiento de las resistencias lógicas.

Escritores e intelectuales veían en esta obra un hito en la cultura americana. No era sólo un libro más en la extensa bibliografía del escritor, sino una aportación singular del pensamiento mexicano al estudio del fenómeno literario, aportación y conocimiento que, por su calado y dimensión, no tenía antecedentes en las letras nacionales ni en el ámbito de la lengua española. (92)

De ahí que la revista *Filosofía y Letras*, organizara un “Symposion sobre *El deslinde* de Alfonso Reyes”. En este encuentro destacan los trabajos de Juan David García Baca, Gabriel Méndez Plancarte y Edmundo O’Gorman. El primero de ellos, un filósofo español exiliado por ese entonces en México, abarca el tema de la fenomenología literaria desde el terreno de la filosofía. García Baca recoge las premisas de Reyes acerca de la teoría literaria como un estudio filosófico y fenomenológico, para contrastar esas ideas afirmando que la literatura, en su acepción de fenómeno, rehúye toda aprehensión epistemológica concerniente a estos campos del conocimiento. Es decir, la imposibilidad de concebir una teoría literaria como estudio filosófico y, más aún, fenomenológico. Declara que, ante ese “mar de páginas, de datos literarios y científicos”, ha optado por:

Una actitud muy propia del mal nadador que soy: agarrarme muy firme en ciertos puntos y pasar de una a otra de ciertas islas ideales, “paréntesis frondosos en el período de la corriente”, paréntesis ideológicos estrictamente tales que de seguro ha dejado el don Alfonso, cual dejó la naturaleza las innumerables islas del mar Egeo: como puente entre dos continentes, cual puente entre literatura y filosofía. (121)

García Baca tiene dos puntos de argumentación. Primero crítica el concepto utilizado por Reyes en relación con la fenomenología de Husserl. Aquí apunta que *El deslinde* está lejos de pisar esos terrenos filosóficos, pues en ningún momento la obra se ampara en las categorías

lógicas del filósofo alemán, sino en una fenomenología literaria convertida en metáfora⁹. Por último, enfatiza en la heterogeneidad del lenguaje literario que, por su propia naturaleza, no puede ser objeto de un estudio propiamente filosófico o fenomenológico, debido a que la literatura trata con entidades que “nos eluden y se nos escapan” (123).

Por su parte, Edmundo O’Gorman¹⁰ se atiene a dos premisas para desarrollar su análisis: la relación entre la historia y la filosofía de la historia, y el asunto del “suceder real” y la “ficción”. O’Gorman refiere estos problemas conceptuales para aclarar el alcance y la estructura de *El deslinde*. A partir de estos polos de enunciación, cuestiona la falta de inclusión correspondiente a la literatura de la historia que utiliza “contaminaciones”, rasgos no teóricos, que se desligan de la historia y la ciencia de lo real, puesto que trabajan con presupuestos abstractos. Aspecto que descarta Reyes al tratarlos separadamente, como entidades que aísla para deslindar la literatura de la no-literatura. En cuanto a la “ficción literaria”, O’Gorman la concibe como equívoca y la traspone por “suceder real”, ya que para él la literatura tiene que ver más con “mostración”, en vez de “ficción” o “fingimiento”: “La literatura sería una de las artes, distinta de las otras artes en que es expresión verbal, pero semejante en que es “mostración” del suceder estético” (21).

Reyes le envía una carta a O’Gorman con la finalidad de aclarar todas esas observaciones, afirmando que hay varios temas de los que no se ocupó por no ser objeto de su libro:

⁹ Luego Alfonso Reyes cambió la palabra “fenomenológico” por “fenomenográfico”, para evitar confusiones con la fenomenología de Husserl y, en cambio, adherirse a este otro concepto planteado por Porfirio Parra en su *Lógica*.

¹⁰ Aquí estamos hablando de los comentarios sobre *El deslinde* a partir del período que comprende de 1945 a 1946.

Mi libro está presentado bajo la apariencia de una tesis continua *propter elegantian sermonis*. Pero el marco de la tesis que lo sustenta es una mera facilidad retórica, y me asombra que el lector de calidad caiga en la trampa de querer considerar como un argumento continuo lo que es un puñado de observaciones, ordenadas nada más en fila por aseo de estilo. (Guerra 100)

Por otro lado, Gabriel Méndez Plancarte rectifica la posición que había tomado frente a la figura de Alfonso Reyes en un escrito de 1937, debido a la imposibilidad de superar la dispersión de su obra, y aduce lo siguiente:

Yo, que en 1937 osaba de declararlo “deudor moroso”, me siento hoy obligado en justicia a proclamar que su deuda está saldada con creces, y que, desde los ya lejanos tiempos de Menéndez y Pelayo, no existe –en toda la amplitud del mundo hispánico– monumento de crítica e investigación literaria que pueda compararse, por su solidez y su amplitud ecuménica, al que ha levantado –sabio y artista– Alfonso Reyes. (11)

Otros de los autores que acercaron a *El deslinde* a partir de lo fenomenológico, fueron Patrick Romanell y Joaquín Xirau. Romanell, en una pequeña nota, enfatiza que el método utilizado en el libro no es fenomenológico, puesto que está más encauzado hacia una esquematización de espíritu aristotélico que husserliano:

This statement of the problem leads to the question concerning the relation between Reyes and Husserl. Though the above language sounds so Husserlin, the spirit and meaning are really Aristotelian. *Caveat lector!* The author mentions Husserl twice in his work, but in neither reference does he credit Husserl for borrowing his terminology. (8)¹¹

¹¹ Werner Jaeger, autor de la *Paideia*, también percibe cierto aristotelismo en la obra. En una carta del 10 de agosto de 1944, le comenta a Reyes: “There is something Aristotelian in that sense in your attitude, although your break away from the tradition of poetics which follows in his footsteps and try to form a system of categories of your own” (Jaeger en Guerra 104).

Igualmente, para Xirau la obra de Reyes no tiene nada que ver con lo fenomenológico en el sentido del método y del estilo; dado que la intencionalidad del libro tiene en el fondo resonancias de la morfología histórica de Toynbee y, en la forma, se sirve de atisbos husserlianos en su actitud incitante de proclamar el estudio de la literatura como una “fenomenología del ente fluido”:

De la primera toma el movimiento y la intención, llevándolos a un asunto inédito. El método fenomenológico sólo puede alcanzar aplicación a un tema tan sutil y fluido –y así lo ve con gran perspicacia el autor- mediante el aprovechamiento de la distinción husserliana entre esencias exactas e inexactas. Tratase de la delimitación de un campo de realidad por esencia inexacto, indeciso y aproximado. (633)

Es decir, que a medida que avanzamos en *El deslinde*, vemos que el método y el estilo poco tienen que ver con la “rigurosa *delimitación de esencias* aconsejada o prescrita por el fundador de la denominada *fenomenología*” (Xirau 635). Al concluir, este filósofo español, exiliado en México, afirma que hay un desequilibrio en el libro al abarcar campos de estudio diversos (teología, matemáticas, historia, ciencia, entre otras), que le parece innecesario o poco indispensables en su conjunto para abordar el estudio de la literatura y ofrecer una claridad a los lectores, tanto peritos en la materia como amateurs.

No obstante, Albert Guerard dirá que la inclusión de esos diferentes campos colaterales de estudio corresponde a una intención pedagógica de Reyes que es indispensable para deslindar la frontera de literatura y la no-literatura: “When you trace a frontier, you are tempted to be interested in both sides of the line. Reyes goes quite deeply into the theory of science, history, logic, mathematics and even theology (...) The book is very pedagogical, with scholastic subdivisions and synoptic tables” (630-631).

Al finalizar su exiguo comentario, Guerard advierte que Alfonso Reyes “possesses *l’espirit de finesse* as well as *l’espirit géométrique*” (631). Aunque él no es el único en demarcar este aspecto, para Luis Emilio Soto *El deslinde*, con su estructuración sistemática, es el resultado de un proyecto maduramente meditado por la exposición de su metodología:

Reyes no podía ser más consecuente con la segunda regla cartesiana, principio de las ciencias: divide cada una de las dificultades que examina en tantas partes como lo requiere su planteo claro y distinto. Tanto que *El deslinde*, a fuerza de preámbulos, escollos y desarrollo de agotadoras distinciones, parecería un tratado de estética *more geométrico*. (623)

Luis Emilio Soto luego comenta la escisión que hace Reyes del fenómeno literario en relación con la historia, la ciencia, la matemática y la teología. Para él esta metodología interdisciplinaria es una muestra de “diversa competencia” poco vista antes en autores latinoamericanos e incluso en europeos, que se habían especializado en ese género de trabajos: “Nos enorgullecemos, pues, de que en castellano y en nuestra América se haya anticipado un libro como *El deslinde*, que será en lo sucesivo obra de imperiosa consulta” (629).

Por esta misma línea Concha Meléndez, desde Puerto Rico, aduce que los profesores e investigadores dedicados a lo literario “tienen la obligación de estudiar este libro, ejemplar por sus aclaraciones sobre la literatura” (653). Su nota, más que un análisis detallado de la obra, se enfoca en realizar una consideración y reconocimiento de la labor emprendida por Reyes. A su vez, recalca la importancia que tiene este trabajo en la contribución al desarrollo de los estudios literarios: “He citado las palabras exactas de Reyes sobre la función de la literatura en todos los tiempos, función más necesaria en el nuestro de confuso egoísmo. Es ésta, a mí ver, la aclaración más trascendente de *El deslinde*” (655).

1.2 La crítica posterior

Los primeros atisbos de la crítica, como lo hemos visto, nos dan un panorama amplio y diverso sobre la consideración de *El deslinde*. Por una parte vemos trabajos que reconocen la labor teórica de Reyes, limitándose al elogio y las apologías, y no integran en su análisis el planteamiento que el libro expone; por otra parte, vemos críticas que se enfocan en mirar el método fenomenológico, dejando por fuera todo el cuerpo teórico restante; otros se detienen en las páginas concernientes a la escolástica, la teología y la historia, sin entrar en el estudio unificado de las ideas que se desarrollan a partir de esto. Lo que, en términos de Alfonso Rangel Guerra, dejó un saldo para Reyes “más bien negativo que positivo”:

Puede decirse, en términos generales, que Alfonso Reyes no encontró interlocutor con quien dialogar sobre las tesis básicas del libro: la separación de la crítica y la teoría literaria; la identificación de la ciencia de la literatura como un estrato o nivel de aquella; la naturaleza de la ficción o las características del lenguaje literario; el deslinde, finalmente, entre literatura y no-literatura. (106)

Después de mirar este primer aviso de la crítica, pasemos ahora a observar lo que se escribió posteriormente sobre *El deslinde*, hasta llegar a los recientes estudios contemporáneos. En 1960, Ángel Luis Morales se adentra en *El deslinde* recogiendo los puntos más esenciales del libro. Su propósito no es realizar un trabajo crítico de suma rigurosidad, sino retomar las ideas teóricas de Reyes resaltando su valiosa aportación en el contexto hispánico. El plan de sus comentarios está más ligado a la divulgación, a la exposición, que al planteamiento de un nuevo enfoque o crítica. Por tanto, desglosa varios ejes temáticos del texto: como la noción de teoría literaria, el concepto de literatura, las funciones y los géneros, el estudio y el análisis de la literatura. Todo ello dividido en cuatro apartados. Él es consciente de que lo expuesto no

agota “el rico caudal de ideas de Alfonso Reyes sobre teoría literaria” (279). Su nota constituye un trabajo que reúne el núcleo básico del pensamiento teórico reyesiano. Al final, afirma que su propósito ha sido: “El de poner al lector, de ese modo, en contacto con el propio autor, y darle, hasta donde los límites de este trabajo lo hagan factible, un conocimiento de primera mano del pensamiento del gran hombre de letras relativo a teoría literaria” (280).

Con una línea de trabajo diferente, Alfonso Rangel Guerra elabora uno de los estudios más cabales y completos sobre las ideas literarias de Alfonso Reyes. Su investigación nos ofrece una noción unificada de *El deslinde*. Su libro está dividido en tres partes. En la primera realiza un ordenamiento histórico, de carácter general, sobre las ideas de Reyes en el proceso de la escritura del libro: “A fin de poder identificar su origen y procedencia, o sus antecedentes en el pensamiento del escritor, así como de establecer cómo fue que surgió la decisión de escribir *El deslinde*” (12). Esto con la intención de reconstruir la historia del texto. Asimismo, recoge la crítica, los comentarios, notas y artículos que se hicieron en el tiempo inmediato a su edición. De esta manera evalúa las reacciones, los rechazos y aceptaciones de los contemporáneos de Alfonso Reyes. Todo ello compone una especie de historia documental de *El deslinde*.

La segunda parte está dedicada al análisis de la teoría literaria; la tercera a la teoría de la crítica literaria. Es decir, que en estos apartados Alfonso Rangel Guerra se detiene a examinar a fondo todo el planteamiento teórico de Reyes, deteniéndose en cada bloque temático del libro. Aquí vemos que, más que un proyecto encaminado a explicar *El deslinde*, su labor está enfocada a realizar una revisión exhaustiva de las ideas literarias contenidas en la obra:

Por la magnitud de la obra escrita de Alfonso Reyes, esperamos que el esfuerzo de haber reunido sistemática y ordenadamente sus ideas literarias, dispersas en muchos de sus libros y presentadas aquí con sus trabajos de mayor aliento sobre teoría y crítica literaria, permita, a quien se acerque a estas páginas, conocer mejor el pensamiento de Alfonso Reyes sobre literatura, su naturaleza y esencia, así como sobre el lenguaje literario y sus diferentes manifestaciones formales, y entender su posición de escritor consciente y crítico del trabajo literario, al que dedicó toda su vida. (18)

Enrique Anderson Imbert, en cambio, retoma las ideas de Reyes acogiendo conceptos de *El deslinde* para analizar sus obras completas. Lo particular de este texto es que el autor primero hace un resumen del análisis fenomenográfico de lo literario deslindado de lo no literario, para aplicar después estas categorías en los textos del escritor mexicano. Dicha labor no se había registrado antes; es decir, desglosar dos aspectos de la teoría literaria de Reyes para analizar al mismo Reyes. El trabajo de Imbert, de escasas seis páginas, es el primer intento de aplicación de una teoría que, en su concepto, está estructurada: “Con definiciones tan precisas que, más que una teoría literaria, es un sistema de ideas sobre nuestra capacidad cognoscitiva. En general, continúa en la línea idealista de Kant, Croce, Ortega y Gasset, Cassirer, Husserl” (563).

Por otra parte, Roberto Fernández Retamar en su libro *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, hace una relectura de *El deslinde* a partir del foco teórico de la literatura en el contexto latinoamericano. En Retamar convergen ideas paralelas a las de Alfonso Reyes, en cuanto al proyecto humanístico de plantear un acervo intelectual autónomo en América Latina. Sin embargo, su concepción de las ideas literarias del autor mexicano se distancia de toda la elaboración ideológica que se lleva a cabo en el libro. Ello tiene su eclosión en dos

puntos: la literatura en pureza y la función ancilar¹². El crítico cubano pone en cuestión el primer término, dado que para él este concepto implica una connotación de nivel universal. Al referirse a la literatura en pureza, Retamar cita a Jakobson con el punto de la “literariedad”, afirmando que ello no es más que “un corolario tardío de la decimonónica teoría del arte por el arte” (88). Por lo tanto, el trabajo de Reyes (de establecer los límites entre la literatura y otras producciones humanas) sería una reescritura (o reinención) de las tesis arte-puristas, según dicha interpretación.

Retamar resalta la función ancilar como soporte para erigir un discurso literario en función social de la literatura latinoamericana como principio de emancipación intelectual¹³: “La línea central de nuestra literatura parece ser la amulatada, la híbrida, la “ancilar”; y la línea marginal vendría a ser la purista, la estrictamente (estrechamente) *literaria*” (91). De esta manera vemos que los terrenos ideológicos de los dos autores son supremamente diferentes. Retamar quiere romper radicalmente con el legado literario occidental, mientras que Reyes propone un planteamiento de intervención en esa cultura ejerciendo polos de enunciación en los mismos términos de ésta. Por consiguiente, la lectura de *El deslinde* orientada desde la posición de lo ancilar, nos sitúa en el planteamiento de los discursos teóricos latinoamericanos, en el marco de los estudios culturales sobre Reyes.

¹² La función ancilar es uno de los conceptos claves que maneja Reyes en *El deslinde* para situar los registros en los que se articulan las comunicaciones de una esfera textual a otra. Los textos literarios y los no-literarios no tienen una fijeza sólida de resistencia. Hay intercambios que se estructuran por niveles, estratos textuales, o intencionalidades formales. Es lo que el autor acuña como préstamos, que van de la literatura a lo no literaria; y empréstitos, si siguen la dirección inversa. Este es un aporte significativo de Reyes, ya que sugiere una reflexión determinada a observar la convergencia de diferentes formatos comunicativos en relación con la universalidad de la literatura y su soporte lingüístico y poético. En ese sentido, Retamar no capta la intencionalidad de la teoría de Reyes en su conjunto; Reyes no está allegado a la literatura en pureza, su propósito no es encontrar la especificidad del fenómeno literario como tal. Lo que él pretende, más bien, es analizar la relación entre la literatura y la no-literatura; y no entrar en “la intimidad de la cosa literaria, sino (...) fijar sus coordenadas, su situación en el campo de los ejercicios del espíritu; su contorno, y no su estructura” (Reyes, “El deslinde” 30).

¹³ Hay que tener presente que el espacio en el que Fernández Retamar busca inscribir su obra es el contexto de la Revolución Cubana.

Esta es la línea de investigación que sigue Ignacio Sánchez Prado. Su trabajo es una vuelta a *El deslinde*, supeditado a la búsqueda de una nueva conceptualización de la obra de Alfonso Reyes. Todo ello a partir del foco de una lectura latinoamericana actual. Su análisis está enfocado en la crítica literaria que dialoga con los estudios culturales. El propósito es “recuperar los pasos perdidos de Reyes y encontrar nuevos caminos en su quehacer teórico sobre la literatura” (“Las reencarnaciones...” 64). Es así como despliega una relectura del acervo teórico reyesiano, en donde lo literario es tomado como objeto cultural, emparentado con el proceso (y proyecto) intelectual de articulación y estructuración del pensamiento latinoamericano: “La operación de *El deslinde* es una afirmación de que el camino para superar la condición colonial radica en la capacidad de intervenir activamente en ámbitos más allá de nuestra pertenencia” (68).

De ahí que la literatura adquiera una dimensión simbólica en lo social. Por otro lado, Sánchez Prado acoge otra noción básica de Reyes (“fenomenografía del ente fluido”) para considerar la especificidad del objeto literario en su interacción y dinamismo: “La obra literaria, es un “ente fluido” y no un ente en sí” (79). Aquí ya demarca la sustancialidad de su propósito, pues teniendo en cuenta esto, plantea que *El deslinde* actual reside en el hecho de la historicidad del texto literario y su inscripción a patrones sociales que convergen con la experiencia literaria. La labor del crítico, entonces, se transfigura ejerciendo y manteniendo una ruta entre lo interdisciplinario y lo cultural:

El deslinde es un regreso a la individualidad del crítico y a su capacidad de intervenir políticamente desde esa individualidad en el campo de la cultura, pero no con la construcción de una disciplina idealizante del discurso literario. No se necesitan críticos capaces de prescribir qué es lo bello, sino de mantener la resistencia cultural de la literatura en su especificidad. (84)

Por su parte, Víctor Barrera Enderle, antes de adentrarse en el análisis de la teoría reyesiana, realiza un amplio recorrido por el panorama historiográfico de la crítica en Hispanoamérica desde 1810 hasta llegar a 1940, en donde escritores como Domingo Faustino Sarmiento, Andrés Bello, Guillermo Prieto, José Martí y Rodó, se constituyen como los primeros eslabones en la consolidación de una búsqueda epistemológica por pensar Latinoamérica desde una perspectiva socio-cultural. Esto con el propósito de situar las bases de su propuesta interpretativa sobre Alfonso Reyes, dado que para Enderle la producción literaria ha sido un afán constante por llenar ese “espacio vacío” del discurso teórico latinoamericano. El autor se detiene en este asunto para postular que el escritor regiomontano se erige como una figura que suple dicha “oquedad” con su producción crítica:

Hay ya en él una clara conciencia de explorar un territorio ignoto en la cultura literaria latinoamericana, y por lo mismo surgía la duda de la posibilidad de un buen éxito en esta nueva empresa, pues significaba romper con su característica fragmentariedad y dispersión que hasta ese momento habían caracterizado su obra, y pretender ahora concretar un auténtico y universal conocimiento de la literatura. (13)

Enderle observa los momentos decisivos que llevaron a Reyes a estructurar *El deslinde*. Aduce que en ello tuvo mucho que ver la influencia de Pedro Henríquez Ureña y Jorge Luis Borges, quienes lo conminaron para que se adentrara en la elaboración de un trabajo sistemático, de largo aliento, que representara su madurez intelectual. Enderle se detiene en este punto para mirar el reverso de la articulación del discurso teórico alfonsino, esto es, el propósito que lo llevó a capitalizar esta empresa crítica, su conjunción y su posterior abandono:

¿Este afán significó un quiebre estilístico y epistémico en la obra ensayística de Alfonso Reyes o fue una variante de la misma, un eslabón más de su cadena evolutiva crítica? ¿Es *El deslinde* un libro aparte en la producción reyista? ¿Qué lo ata o lo une a los ensayos menores, en especial a *La experiencia literaria* y a *Al yunque*? ¿Se puede hablar de una teoría literaria en Alfonso Reyes? ¿Teoría literaria o teoría crítica? (15)

Con estas preguntas, Víctor Barrera Enderle marca su ruta analítica a seguir, en la cual reflexiona detenidamente sobre tres aspectos: el contexto, la crítica y el pensamiento literario de Alfonso Reyes. Esto lo tiene en cuenta para desembocar en el punto central de su investigación, que lleva como título su libro: *La mudanza incesante*. Esta mudanza tiene que ver con el hecho de la postura que asumió Reyes después de la publicación de *El deslinde*. Para Enderle el proyecto quedó a la deriva, a medio camino, dado que el autor retornó al habitual estilo fragmentario de sus ensayos. En la “Carta a mi doble” (1957) que figura en el libro *Al yunque*, escrito trece años después de la publicación de sus prolegómenos a la teoría literaria, Reyes manifiesta lo siguiente:

En efecto, hubo un día en donde, hace más de diez años y pronto completaremos quince, en que me dominó el afán de clavetear, más que poner, algunos puntos sobre las íes a propósito de la cuestión literaria. Incurrí entonces en *El deslinde*, cuyos análisis desconcertaban a algunos, porque comencé a ras del suelo, partí del cero, de lo obvio, de lo evidente según la lección de Aristóteles, convencido de bajar desde lo más alto expuesto a deshacerse en el aire (...) Otros, como usted recordará, más bien pensaron que el libro era de difícil lectura, cuando es mucho más fácil de lo que a primera vista parece. Lo hacen algo temible, es justo reconocerlo, las denominaciones abstractas, su mucho aparato de párrafos numerados, las constantes referencias hacia adelante y hacia atrás, los resúmenes de resultados adquiridos y cuadros de resultados por adquirir; en fin, precisamente sus esfuerzos de claridad, el exceso de cuidados y explicaciones para ir conduciendo al lector. (Reyes 247)

Por lo tanto, Enderle reflexiona sobre las motivaciones que llevaron al escritor regiomontano a dar ese viraje, a dar la vuelta a su proyecto teórico y retornar a su viejo estilo ensayístico. De ahí que refiera que “Reyes no pudo precisar una teoría; prontamente comprendió que su empresa era una mudanza incesante, como él mismo llamó a la teoría y el estudio literario” (16). No obstante, Enderle resalta que la especificidad por adentrarse en el análisis de lo plenamente literario, llevó al autor mexicano a una experiencia por consolidar nuestra autonomía intelectual a través de la intención creadora y crítica. Sumado a esto, se compagina toda la formación ateneísta de Reyes, que este crítico expone en su amplitud, para observar cómo esto le permitió asumir desde una nueva perspectiva la producción contemporánea, en la que la literatura representa un espacio fundamental en la construcción de las simbologías culturales y en la institucionalización del conocimiento (17).

El trabajo de Víctor Barrera Enderle nos pone en relación con los estudios culturales sobre Alfonso Reyes, puesto que su labor es un intento por mostrar cómo éste al ir creando su discurso epistémico, iba mostrando parte importante del pensamiento teórico latinoamericano. Desde este ángulo de visión se considera el acervo crítico reyesiano como la búsqueda de una expresión propia, auténtica, por consolidar una identidad e independencia cultural. Todo ello enmarcado en la construcción de una tradición tanto crítica como literaria americana:

La investigación de ir en pos de agencias intelectuales que respondieran a la contingencia de nuestra América fue la constante en estos años formadores de nuestra expresión crítica. En ella, la interdisciplinariedad sería un lugar común en todas las empresas. Reyes siempre quiso resolver la antinomia occidental entre “vida práctica” y “vida del espíritu”. Su salida fue la síntesis cultural (la inteligencia americana, como él la llama). Sabía que la condición del intelectual en este continente tenía que ser comunicativa, multidisciplinaria y a menudo dependiente de quehaceres políticos. (54)

Sebastián Pineda, en cambio, realiza otro enfoque analítico. En su artículo, *Teoría literaria de Alfonso Reyes: La ausente de toda antología*, inicia llamando la atención sobre el presente punto: dentro varias antologías literarias del siglo XX, no figura *El deslinde*. Aunque esto no es el centro de su desarrollo analítico, pues sólo lo trae a colación porque lo que le interesa hacer es: “Una suerte de teoría literaria comparada. Ignoro si se ha hecho antes. Se trata de establecer afinidades y diferencias entre la teoría de Alfonso Reyes y las demás teorías literarias del siglo XX que generalmente sí figuran en las antologías: formalismo ruso, marxismo, estructuralismo, deconstruccionismo, etc.” (1).

Su ensayo surge entonces como una respuesta a la pregunta que intenta develar en qué corriente teórica se inscribe *El deslinde*. En este recorrido el autor traza un panorama de lo que él llama “La Musa Crítica” alfonsina, los trabajos claves sobre crítica, retórica y exegética literaria, para hablar de las ideas que antecedieron a la consolidación de los prolegómenos a la teoría de la literatura. Acto seguido, empieza a exponer las afinidades y diferencias de los postulados teóricos de Reyes en relación con la fenomenología, el formalismo ruso, el marxismo, el estructuralismo y la deconstrucción. En cada una de estas comparaciones que hace Sebastián Pineda, vemos que el pensamiento del escritor regiomontano no se inscribe de manera tajante en ninguna de estas corrientes, a pesar que en él coexistiera el hecho (como los formalistas rusos) de establecer las bases “científicas” de la literatura:

Dentro de un espíritu científico los formalistas se interesaron por distinguir y relacionar lo “literario” con lo “extraliterario”, así como Reyes se interesó por distinguir la literatura de la no-literatura. Sólo que, a diferencia de ellos, Reyes no cifró esta distinción tan sólo en la forma, en el lenguaje, sino también en los asuntos.
(3)

Lo mismo cabe para el estructuralismo, en donde vemos una posición que niega en el discurso literario toda función personal, en la cual se intenta demostrar que el autor ha muerto, y que lo que importa no es la “intención” en la obra sino su “estructura”¹⁴. Aspecto que marca una gran distancia dialógica con Reyes, puesto que su planteamiento no deja por fuera de la órbita analítica la confluencia entre el lenguaje, la obra, la intencionalidad del escritor y el lector en la construcción significativa de sentido (7).

Sebastián Pineda retoma a Reyes, se detiene en su planteamiento teórico y realiza nuevas consideraciones sobre su obra. A partir de esto, direcciona una reflexión sobre el panorama de la teoría literaria contemporánea: “El estudio verdadero de la literatura hispanoamericana pondrá a prueba las teorías literarias europeas. Debemos conservar siempre una posición de permanente independencia. Lo cual no implica desconocimiento sino asimilación” (7).

En su otro texto, *La Musa Crítica: Teoría y ciencia literaria de Alfonso Reyes*, Pineda asume un plan de rumbo diferente. Ya no entra en el análisis comparativo con otras teorías literarias, sino que se adentra a mirar *in extenso* el corpus temático de *El deslinde*. Va desglosando cada término, cada concepto, cada categoría, como desmontando las piezas de la maquinaria teórica reyesiana para ver cómo funciona y emprender una lectura de la naturaleza de sus objetos:

Nuestro ejercicio es de resumen de síntesis, empezaremos por la teoría literaria. Luego seguiremos con las fases referentes a la ciencia de la literatura (...) Nuestros límites son los siguientes: las principales ideas literarias de Alfonso Reyes, prescindiendo de

¹⁴ Cito palabras Raman Selden respecto a la consideración de los estructuralistas: “No sería equivocado utilizar el término antihumanista para describir el espíritu del estructuralismo. De hecho los mismos estructuralistas han utilizado este adjetivo para poner de relieve su oposición a todas las formas de crítica literarias en las que el sujeto humano sea la fuente y el origen del significado literario” (68).

incurrir en la socorrida comparación con otras teorías y aun sacrificando discusiones extraliterarias que suscita su obra. (12-13)

De esta forma avanza deslindando *El deslinde* en sus diferentes dimensiones y ejes temáticos. Lo cual lo lleva a examinar el funcionamiento de esta teoría, trazando un recorrido amplio en el que trata los siguientes aspectos: la aclaración que plantea el programa de Reyes de la literatura frente a la historia, la ciencia, la matemática y la teología; los puntos de encuentro, las contaminaciones y los ensanches del fenómeno literario con estas disciplinas; la búsqueda del lenguaje literario, las funciones formales de la literatura, la impresión y el impresionismo de la crítica, los métodos de la ciencia literaria y la literatura comparada. La labor aquí es mucho más matizada, más específica, pues lo que le interesa a Pineda es comprender los mecanismos de la teoría Alfonsina para entrar en diálogo con sus presupuestos:

Los métodos valen si nos conducen a un juicio. Quedarnos en ellos significa o que no sabemos bien a qué aplicarnos, o que somos incapaces de formular un criterio propio con base en las pruebas aportadas por ellos. Véase, pues, cómo para el juicio es necesario tener claro el objeto de estudio: la esencia de la literatura que investigamos apoyados en *El deslinde*. (119)

Sebastián Pineda concluye que su libro sólo es “un punto de partida para estudios más profundos” (138). Su intencionalidad es la de mostrar “al público”, de una manera detenida y enérgica, la comprensión de la teoría literaria de Alfonso Reyes. Amparado en lo que él llama “La Musa Crítica”, emprende una tarea de difusión y reflexión, de inquietud y asimilación, encaminado a dotarnos de nociones y conceptos para sumergirnos en las premisas literarias alfonsinas.

1.3 Hacia una crítica actual

Hemos precisado y ubicado el panorama de las representaciones críticas sobre *El deslinde*. En un principio este libro suscitó rechazos y alabanzas; luego fueron surgiendo nuevas apreciaciones que apuntaban hacia una profundización, hacia una reconsideración conceptual de las ideas literarias del escritor regiomontano. De esta manera los análisis sobre Reyes tomaron diferentes campos de estudio. Por un lado, se erigieron abordajes a partir de la filosofía, para observar las afinidades y diferencias del esquema de *El deslinde* en relación con la fenomenología. Otros, en cambio, acometieron la empresa de detenerse en cada uno de los puntos relevantes del libro para explicar detalladamente su funcionamiento teórico. Desligados de estas posturas, está otro grupo de críticos que asumieron una interpretación a partir de los estudios culturales, haciendo hincapié en la labor de Alfonso Reyes por erigir una teoría desde Latinoamérica, en la búsqueda de la una consolidación del pensamiento americano.

En esta última ruta se encamina nuestra propuesta analítica. Las ideas literarias de Reyes hacen parte de su propósito americanista por insertar en la tradición latinoamericana indagaciones teóricas sobre la literatura. Este proceso va de la mano con un discurso que busca la legitimación y consolidación cultural de su pensamiento humanista, de apuntar a la necesidad de inscribir un texto que sistematizara de manera “científica” el fenómeno literario como condición fundacional de una teoría literaria hispanoamericana.

Ya se ha mostrado que *El deslinde* se constituye como una de las piedras fundacionales del quehacer teórico-literario en América Latina, aspecto que Pedro Ángel Palou enfatiza como el hecho de “dotar a la exegética de un apoyo objetivo para el juicio literario” (51), así

como la estructuración de una teoría hecha “en Hispanoamérica y no sobre Hispanoamérica” (82). Todo el proyecto americanista de Alfonso Reyes se consolida en esta obra, que es escrita en su madurez, cuando él ya contaba con el reconocimiento y afianzamiento de un vasto campo cultural en el ámbito de las letras.

A través del diálogo directo con los ateneístas, Reyes asumió la idea de la autonomía del pensamiento latinoamericano que consolida en su teoría literaria. Esta generación erigió las bases institucionales para la formación de la actividad intelectual en la apertura de una estructuración educativa. Armando Pereira señala el esfuerzo de los ateneístas por encaminar la educación hacia la modernidad: “en torno a Sierra, y protegidos por éste, crecía una serie de jóvenes que deseaban rebasar la educación positivista, ya en franca decadencia. Lectores de Platón, de Walter Pater, Friedrich Nietzsche, Émile Boutroux y Henri Bersong, entre muchos, así como de literatura española, estos jóvenes también fueron inspirados por un libro decisivo para la historia del pensamiento en América Latina, *Ariel* (1900), del uruguayo José Enrique Rodó” (39).

Ignacio Sánchez Prado comenta que, paralelo a este proyecto ateneísta, se vivía el problema de “la legitimación de los estudios humanísticos en la constitución de una nueva política cultural latinoamericana. Esta legitimidad se perdió cuando las letras dejaron de ocupar un lugar central en los contextos universitarios hacia finales del siglo XIX” (“Intermitencias...”15). De modo que, los influjos ideológicos que comporta Alfonso Reyes en la elaboración de su vasta empresa teórica, tienen raíces afianzadas en la cercanía temprana con el grupo de los ateneístas, de la cual derivó textos que abarcaban desde un inicio (*Cuestiones estéticas* 1911) los frutos que se irían cimentando a lo largo de toda una

trayectoria de vida sumida en el estudio de la crítica literaria y la fundamentación de nuevas bases para el pensamiento latinoamericano.

Por lo tanto, es indispensable tener como punto de partida esta perspectiva para retornar a Reyes. Sánchez Prado aduce que “*El deslinde* es un texto que no ha merecido una lectura o una recuperación crítica en el contexto de la teoría literaria latinoamericana” (“Las reencarnaciones...” 65-66). Esta nueva relectura plantea una conceptualización de la teoría literaria alfonsina en relación con su proyecto humanístico sobre la “inteligencia americana”. Esa necesidad por “integrarse al banquete de la civilización” se fundamenta en el ejercicio y la práctica de la teorización literaria, de la intervención crítica y la capacidad “de hablar al mundo europeo en sus mismos términos” (Mariaca 35). La teoría de Reyes se constituye como la consolidación de su autonomía cultural americana: participar directamente con la tradición cultural occidental sin caer en determinismos geográficos o condicionamientos históricos.

A partir de esta perspectiva se asume, entonces, *El deslinde* como el resultado del proyecto americanista de Reyes, de su concepto de “inteligencia americana”, donde el sujeto se erige como un ciudadano universal, dotado de una experiencia totalizadora. Todo ello en el marco de la necesidad del intelectual por participar en la cultura y establecer asimismo una tradición. Sebastián Pineda compara este intento de Alfonso Reyes con un pasaje de *Cien años de soledad*, en el que García Márquez imagina que Aureliano Buendía “descubre por él mismo que la tierra es redonda, hasta cuando viene Melquíades advirtiéndole que desde los griegos se sabe que es así” (7). El propósito del escritor regiomontano, fuera de connotaciones preadamitas, fue partir de cero, de lo obvio, de lo evidente, para emprender la búsqueda del fenómeno literario. Lo cual no implicó un desconocimiento de toda una tradición crítica sino su asimilación, su re-descubrimiento.

Capítulo II

Visión de Alfonso Reyes:

En busca de una expresión americana

Para Alfonso Reyes el espacio de la condición latinoamericana radica en vivir al borde de dos culturas: la precolombina y la europea. Esto le da al escritor latinoamericano un poder de síntesis al no ser un producto directo de ninguna de las dos tradiciones. Reyes define esta perspectiva como “inteligencia americana”, que viene hacer una especie de libertad creativa que le permite al artista manejar ambos legados culturales. Aquí no coexiste ningún exceso de reverencia frente a lo europeo, tampoco una continuidad afectada por un alarde arbitrario o una evocación romántica frente a lo indígena. Esta búsqueda intelectual llevó al escritor regiomontano a reflexionar sobre el marco de su condición en la periferia. El sentido de la escritura se trasluce en él como un atisbo íntimo y humano por sentar las bases en torno a una problematización del pensamiento americano.

Reyes no renuncia a su circunstancia histórica. Tampoco renuncia a relacionar (o a vincular) dicha circunstancia con la más amplia tradición europea. Como lo señala Ramón Xirau, “Reyes se sitúa entre aquellos que podemos llamar maestros del pensamiento Americano, llámense Rodó, Emerson o Andrés Bello” (293). El proyecto americanista de Alfonso Reyes se funde en la creación, la crítica y la teoría literaria. El intento de erigir *El deslinde* es el intento de crear una teoría desde la periferia; es la consolidación de su propósito por insertar en la tradición latinoamericana una ciencia de la literatura, que hable “al mundo europeo en sus mismos términos” (Mariaca 35). *El deslinde*, como lo hemos mencionado en el

capítulo anterior, es la culminación de su propuesta humanística sobre la “inteligencia americana”. Para llegar a la explicitación y desarrollo de este punto, primero es necesario observar el origen y estructuración de estas ideas de Reyes. Por ello, en este apartado nos centraremos en el análisis de tres obras fundamentales: *Visión de Anáhuac*, *A vuelta de correo* y *Última Tule*. Todo esto con el objetivo de trazar la génesis del pensamiento americanista reyesiano, que logra en *El deslinde* su mejor articulación.

2.1 *Visión de Anáhuac*: alta meseta donde se detienen nuestros ojos

Visión de Anáhuac fue escrita en 1915. En ese entonces Alfonso Reyes tenía veintisiete años y estaba exiliado en Madrid. En *Historia documental de mis libros*, el mismo autor refiere que esa era una época llena “de pobreza y libertad”, en la que:

Tras ese primer choque o forma de contacto con el ambiente, de que es testimonio mi librito *Cartones de Madrid*, instalado ya con mi familia, aunque modestísimamente, en la calle de Torrijos, el recuerdo de las cosas lejanas, el sentirme olvidado por mi país y la nostalgia de mi alta meseta me llevaron a escribir la *Visión de Anáhuac*. (224)

Vemos entonces que dicha obra es escrita desde el exilio, producto del alejamiento y la añoranza del país. Reyes se desplaza hacia los orígenes con una frescura prístina y se instala en el año 1519, época en la que los europeos ven por primera vez la gran Tenochtitlan. Como un arqueólogo, se remonta a las raíces del México precolombino y recrea el Valle de Anáhuac.

El texto va más allá de una apología lírica, de una contemplación estética del paisaje basada en la reminiscencia y la evocación. Reyes está alejado de México, está exiliado, pero sigue pensando en su “alta meseta”; medita sobre los rostros del ayer, reflexionando sobre los

rostros del presente. En una carta enviada a Antonio Mediz Bolio, que data de 1922, se vislumbra su inquietud constante por profundizar en la fisonomía y el carácter del alma nacional, en la cual *Visión de Anáhuac* se constituye como una cristalización primigenia de sus intenciones:

Yo sueño –le decía yo a usted- en emprender una serie de ensayos que habrían de desarrollarse bajo esta divisa: En busca del alma nacional. La *Visión de Anáhuac* puede considerarse como un primer capítulo de esta obra, en la que yo procuraría extraer e interpretar la moraleja de nuestra terrible fábula histórica: buscar el pulso de la patria en todos los momentos y en todos los hombres en que aparece intensificado; pedir a la brutalidad de los hechos un sentido espiritual, descubrir la misión del hombre mexicano en la tierra, interrogando en todos los fantasmas y las piedras de nuestras tumbas y nuestros monumentos (...) ¡En busca del alma nacional! Esta sería mi constante prédica a la juventud de mi país (...) Yo me niego a aceptar la historia como una mera superposición de azares mudos. Hay una voz que viene del fondo de nuestros dolores pasados; hay una invisible ave agorera que canta todavía: “tihuic, tihuic”, por encima de nuestro caos de rencores. (Alicia Reyes 456)

Desde el exilio, Reyes abre un espacio de interrogación inherente a la identidad del escritor latinoamericano. En el contacto de la experiencia vivida con la cultura ibérica, al tener una cercanía directa con Europa, empieza a preocuparse por su ser, por sus orígenes, evocando a los antiguos habitantes de Tenochtitlan. Es un extranjero, un peregrino, el *jinete del aire* como lo describe Paz¹⁵; pero lleva siempre consigo a México, el apego por su tierra natal. Amelia Barili señala que: “Reyes rinde homenaje a esa civilización desaparecida y establece un nexo entre el mexicano de hoy y los antiguos mexicanos, unidos en un “alma común”, por la misma emoción cotidiana ante el mismo suelo” (125).

¹⁵ Octavio Paz le dedica un ensayo a Alfonso Reyes que titula “El jinete del aire”, en donde analiza la situación de la muerte del general Bernardo Reyes en relación con el poema “Ifigenia cruel”; y, a la vez, rinde un homenaje al escritor regiomontano en conmemoración de su muerte.

Lo que podemos inferir a través de la carta de Reyes y del comentario de Barili, es que *Visión de Anáhuac* se erige como un intento por esclarecer y definir la identidad mexicana a partir de una reinterpretación histórica, llevada a cabo por una perspectiva americana. Su condición como escritor latinoamericano le permite no sólo interpretar el legado cultural del México precolombino, de la imagen proyectada por las crónicas de los conquistadores, sino apropiarse de él y reescribirlo a su gusto desde Madrid (hecho significativo si tomamos en cuenta la erudición de Reyes sobre la literatura española). Es lo que él mismo señala como “retorno transformador” (246), en el que a través de un proceso arqueológico se va reconstruyendo una autonomía, que viene a ser la “palabra propia” (Barili 145).

Visión de Anáhuac suscita varias posibilidades de lectura. Igualmente, las interpretaciones que se proponen son diversas, comenzando por la tipología misma de la obra. Jorge Mañach arguye que es “un dechado de documentación iluminada” (228); Jean Rose opina que es un “mirage prestigieux que s'annexe à l'imaginaire, l'histoire devient mythe” (734-741); Luis Leal sugiere que en la obra “no se rechaza ni la poesía ni la documentación” (768); para James Robb es un “bello ensayo poemático” (995); Rangel Frías lo considera como un “alto poema dramático” (438); y Juan José Domenchina de “poema genesíaco” (461); ha sido calificado de “poema en prosa, ensayo poético, texto histórico-lírico, obra de arte, etc.” (Alicia Reyes 455). No nos adentraremos en esos escauceos taxativos, aunque consideramos valioso mencionarlos. Lo que nos interesa, en específico, es analizar la obra en función del pensamiento americanista reyesiano.

Visión de Anáhuac está dividida en cuatro partes. En ella hay una integración de elementos dispares que afloran en una estructura armónica. Nos encontramos por un lado con crónicas, historias, documentos y poesía en los que se describe el Valle de México; por otro,

con referencias a Ramusio, Humboldt, Cortés, Moctezuma, Bernal Díaz y Netzahualcóyotl, hasta llegar a poetas como Bunyan, Keats y Darío.

En la primera parte se introduce el tema: el Valle de Anáhuac, “la región más transparente del aire” (13). Aquí se describe el paisaje mexicano a partir de cuatro aspectos: las plantas, los lagos, la meseta mexicana y el mundo de los aztecas. Todo en relación con una descripción unificada de la vegetación del territorio precolombino: “Deténgase aquí nuestros ojos: he aquí un nuevo arte de naturaleza” (14).

En la segunda parte nos encontramos en la ciudad de Tenochtitlan. La prosa aquí se deja llevar por la hipérbole, en confluencia con los hombres de Cortés (que hablan a través de Bernal Díaz), cuyo asombro se acrecienta a cada paso por las calles, las casas, los palacios y el templo. La palabra se extiende hacia todos los elementos que componen la ciudad: animales, alimentos, adornos, el mercado, ropajes, colores, cuerpos, líneas, dimensiones. Para demostrar que “lo nuestro, lo de Anáhuac, es cosa mejor y más tónica” (16).

En la tercera parte el acercamiento es hacia la flor: la flor en el arte azteca, la flor tenida en cuenta como elemento constitutivo de la poesía náhuatl. Como lo señala Rangel Guerra, la flor es el centro de la “expresión de la poesía, como testimonio de la belleza, como presencia total en la vida indígena mexicana” (450). En esta parte Reyes acoge la sensibilidad, la belleza y el sentido del alma indígena, cuyo reflejo preclaro es la poesía. Asimismo, describe cómo el conquistador prohibió al indígena sus cantos, enlazados a su visión religiosa del mundo, extinguiéndose así la grandeza y maravilla de toda una cultura viva: “Hay que lamentar como irremediable la pérdida de la poesía indígena mexicana. Podrá la erudición

descubrir aislados ejemplares de ella o probar la relativa fidelidad con que algunos otros fueron romanceados por los misioneros españoles” (29).

En la cuarta y última parte, Reyes concluye su *Visión* abriendo el camino con su intervención creativa hacia nuevas posibilidades de pensar las condiciones o procesos en los que se producen las articulaciones de las identidades culturales. Su interpelación gira en torno al significado de un pasado histórico en relación con nuestro presente:

Cualquiera que sea la doctrina histórica que se profese (y no soy de los que sueñan en perpetuaciones absurdas de la tradición indígena, y ni siquiera fío demasiado en perpetuaciones de la española), nos une con la raza de ayer, sin hablar de sangres, la comunidad del esfuerzo por domeñar nuestra naturaleza brava y fragosa (...) Nos une también la comunidad, mucho más profunda, de la emoción cotidiana ante el mismo objeto natural. El choque de la misma sensibilidad con el mismo mundo labra, engendra un alma en común. (34)

Alfonso Reyes va en busca de un tiempo perdido: se remonta a su pasado precolombino, lo revive a través de su prosa y lo evoca para contemplar un tiempo recobrado, que coexiste con su preocupación ontológica, con la construcción de su propia identidad americana. A través de la experiencia vivida y la cultura asimilada, recrea su visión de escritor latinoamericano sobre el México Antiguo. Lo que nos muestra Reyes es una nueva forma de mirar ese suelo mexicano, de reconstruirlo e identificarse con él. Es un reconocerse a partir de la propia mirada, una mirada íntima y personal. *Visión de Anáhuac* es el punto inicial en el que Alfonso Reyes traza una representación sobre la conciencia de su tradición americana. Él aprovecha ese legado, lo hace suyo, y da un paso hacia adelante. Reescribe, recrea y celebra “la continuidad de las raíces de nuestra cultura fincadas en ese pasado remoto y un presente eterno” (Xirau 442).

2.2 A vuelta de correo: la americanía andante de Alfonso Reyes

Los años vividos en España, como hemos visto anteriormente, acercaron a Alfonso Reyes con el ayer de su sangre. Su apetito universal, un deseo de abarcarlo todo, y una noble curiosidad, también lo llevaron a ahondar en el legado latino y helénico. Es decir, que en él se confina una versatilidad humanística tan mexicana como europea. Se declara heredero de la cultura universal, puesto que consideraba a la cultura en términos amplios, no estrechos. Sin embargo, ese legado no era algo que se le facilitara por ósmosis, sino mediante el trabajo constante y el estudio aplicado. Su visión y aptitud ante la cultura era ejercida como un invariable mejoramiento personal y colectivo. Reyes asume con entera libertad su legado occidental “para legitimar su propia carrera y producción intelectual y, al mismo tiempo, defender a Latinoamérica como productor cultural primario, en una relación de igualdad con la metrópoli” (Faber 18).

Este es uno de los aspectos que Octavio Paz resalta, refiriendo el equilibrio que cultivó Reyes al estudiar las disciplinas más lejanas y las épocas más distantes:

Reyes enamorado de la medida y la proporción, hombre en el que todo, inclusive la acción y la pasión, debería resolverse en equilibrio, sabía que estamos rodeados de caos y de silencio. Lo informe, ya como vacío, ya como presencia bruta, nos acecha (...) La literatura griega no le reveló una filosofía, una moral, un “deber ser” sino al ser mismo en su marea, en su ritmo alternativamente creador y destructor (...) Para Reyes la forma no era una envoltura ni una medida abstracta sino el instante de reconciliación en el que la discordia se transforma en armonía (...) Ética y estética se enlazan en el pensamiento de Reyes: la libertad es un acto estético, es decir, es el momento de concordia entre pasión y forma, energía vital y medida humana; al mismo tiempo, la forma, la medida, constituyen una dimensión ética, ya que nos salva de la desmesura que es caos y destrucción. (150-151)

Por tanto, se le acusó de estar desconectado de México y de no “contribuir a la búsqueda de la identidad mexicana por tener sus miras puestas en la tradición cultural europea” (Barili 120). Debido a su afición por Grecia, se le reprochó esto como huida y rechazo de los problemas de su patria. En el ambiente político y social en el que se le hicieron estas acusaciones,¹⁶ se abogaba por una literatura nacional. Lo cierto es que Reyes nunca quiso conjuntar su trabajo literario con una estrechez cultural que lo relegara solamente a la exaltación de un regionalismo anquilosado. Desde muy temprano actuó con una resuelta disposición por renovar -con sus compañeros de la Escuela de Altos Estudios y del Ateneo de la Juventud- el panorama literario de México, en un empeño por instaurar “un cosmopolitismo de la cultura de la humanidades” (Girardot 2).

En medio del clima político de los años 30 en México, Reyes es interpelado por su presunta desvinculación con su país y alejamiento de las letras mexicanas. La acusación la realiza un joven periodista del periódico *El Nacional*, Héctor Pérez Martínez, en una columna del 7 de mayo de 1932. El escritor regiomontano refuta la inculpación de lesa mexicanidad en *A vuelta de correo*. El tema central de la réplica reyesiana es la polarización entre nacionalismo y europeísmo o cosmopolitismo:

Ninguna interpelación puede preocuparme ni conmoverme más; pero me temo que Pérez Martínez haya sido dos veces injusto: por el reproche de alejamiento que me hace, y por la consideración desmedida que me concede, hija de una simpatía con ribetes de intolerancia (...) No ha faltado quien me eche en cara, como carencia de patriotismo, el no haber naufragado en tierra extranjera durante mis días de lucha, y el vivir ahora consagrado al servicio internacional de México; servicio indiscutible y

¹⁶ A Alfonso Reyes le tocó vivir una época de crisis ontológica, “en medio de una transición histórica mediada por la Revolución mexicana, que suscitó la búsqueda de una identidad, exacerbando la pasión por el nacionalismo y desestructurando los esquemas anteriores que se habían formado en torno a la construcción de una imagen que representara los valores idiosincráticos inherentes al país” (Bartra 63).

primario que considera a la nación como un todo intocable, y que cuida la línea de flotación sin intervenir en lo que pasa dentro del barco, por aquello de que lo primero es vivir. En todo este tiempo, he publicado muchos libros de prosa y unos pocos de versos. Quien tuviera la paciencia de examinarlos, fácilmente se convencerá de que no hay uno solo en que no aparezcan el recuerdo, la preocupación o la discusión directa del tema mexicano. (428)

Reyes cierra la dicotomía entre nacionalismo y cosmopolitismo con una soltura mediada por el equilibrio, en donde lo último no se opone a lo primero, sino que viene a ser su manifestación acorde. El aislamiento y el confinamiento cultural para Alfonso Reyes no es un desvelo; lo que realmente le interesa es el derecho a tomar de Europa todo lo que necesita, a gozar de los beneficios que ese legado puede ofrecerle. Él permanece abierto al diálogo con otras tradiciones, combatiendo el aislacionismo o provincialismo parroquial. El sentido de la inteligencia, como lo decanta el autor, tiene una función unificadora, acogiendo todas las conquistas, realizando una labor de síntesis. Ser escritor latinoamericano le permite la conjunción de armonía y libertad en el manejo de los distintos legados culturales.

Este giro le permite salir airoosamente de los nacionalismos literarios que reclamaban (en esos años) una atención exclusiva a lo propio, a lo autóctono, al color local, y destraba la polémica para hacerla salir del círculo en el que se había enfrascado. Reyes no reniega de las influencias, ni les rinde suprema reverencia. Simplemente expresa el hecho de aprovechar la cultura universal para reflexionar sobre la propia, para crear un punto de partida, teniendo en cuenta la circunstancia latinoamericana para interpretar el mundo por cuenta propia:

Yo estudio tanto lo nacional como lo extranjero, es natural que allí aparezca el reflejo de todas las zonas de mi trabajo, y no veo dónde está mi falta. ¡No me hagan pensar en el que creía que leer libros franceses, cuando se nació hablando español, es un rasgo de vanidad y un síntoma de insuficiencia! ¿De modo que por ser mexicano tengo que

desentenderme de lo demás? Al contrario: a México le conviene que se oiga su voz en todas partes (...) ¿Qué tendremos los mexicanos que no podemos ir a donde todos los pueblos van? ¿Quién nos impide hurgar en el común patrimonio del espíritu con el mismo señorío que los demás? (...) No y mil veces no: nada puede sernos ajeno sino lo que ignoramos. La única manera de ser provechosamente nacional consiste en ser generosamente universal, pues nunca la parte se entendió sin el todo. (436-439)

Alfonso Reyes presenta una concepción de la literatura nacional “que no le impone ninguna traba a la libertad artística o al desarrollo personal del intelectual” (Faber 30). Reyes no está de acuerdo en que la literatura mexicana se defina por su color local, lo folklórico, lo costumbrista o lo pintoresco; sino que más bien ésta queda establecida por “la suma de las obras de los literatos mexicanos” (440). En la que él mismo también contribuyó de manera ingente: “Lo que yo haga pertenece a mi tierra en el mismo grado en que yo le pertenezco” (442).

Al plantearse el cuestionamiento de que se ha alejado de las preocupaciones literarias acerca de lo mexicano, Reyes responde con su obra. Habla de su propia realización como escritor, de su propio peregrinaje como embajador de las letras mexicanas en distintas ciudades del mundo; y de cómo, obedeciendo al propio destino, también está atento a la literatura de su país:

Ignoro si Pérez Martínez sabe, por su parte, lo que es andar años y más años lejos del propio país, haciendo esfuerzos acrobáticos como los que yo tengo que hacer para no perder una sola voz, una sola palabra de nuestra literatura; dirigiendo a veces circulares a los amigos, reiterando ruegos para que se me tenga al tanto de las nuevas publicaciones y los asuntos que interesan a las nuevas pléyades. (435)

En el planteamiento de su defensa habla en clave de su contribución a una búsqueda central en la literatura latinoamericana. En él confluye la fuerza de la unificación del pensamiento (Escalante 158). Reyes nos deja ver en *A vuelta de correo* el testimonio de su cosmopolitismo espiritual, en el que la inteligencia trabaja sobre la inteligencia. En la que existe un impulso de formación integral al acoger varias culturas, cimentando el fruto provechoso de cada cosecha para situarse frente a la situación de crear su propia historia cultural como latinoamericano.

Reyes estudia y divulga la cultura en diálogo con la cultura universal. Crea activamente una conciencia de originalidad y audacia a partir de la cual el escritor pueda construirse una identidad que le permita expresarse libremente: “El hecho de que salgan y entren influencias no tiene para qué inquietarnos, y menos en literaturas en estado de fluidez” (447).

En *A vuelta de correo* vemos el quehacer literario de Alfonso Reyes como una contribución por trazar una memoria cultural del continente americano, de abrir caminos y preguntas en torno a qué significa ser un escritor latinoamericano. Reyes desarrolla su propia americanía andante, al mismo tiempo que rinde un servicio esencial a su país. Sin embargo, él va más allá de las murallas nacionales. Busca el equilibrio, la armonía, la concordia. Su pensamiento está dotado de un apetito universal que lo obliga a buscar las razones de su acción y de su cultura con una elasticidad plena, que lo confina a observar la vasta herencia cultural del mundo con un sentido de unidad y conjunción. Es la capacidad de retomar toda esa herencia para forjar su propio destino como un proyecto, como una empresa que se va realizando de forma cabal y auténtica de acuerdo a las circunstancias en las que se inscribe su vocación personal.

2.3 Última Tule: la utopía literaria de Alfonso Reyes

En Alfonso Reyes converge el sentido clásico de la palabra *humanitas*, entendida como una preferencia hacia la armonía, el equilibrio y el orden. Su vocación, intención y naturaleza, lo llevaron a descubrir nuevas interpretaciones de nuestra realidad cultural. Se ejercitó en el cultivo de sí mismo a través de una comprensión profunda de su condición histórica y social como escritor latinoamericano. Su vocación humanista lo llevó a asumir tanto el interés particular como el colectivo: lo propio en cuanto individuo, en cuanto mexicano, y el servicio universal, la preocupación constante en cuanto a lo que significa ser y escribir desde América.

Reyes se adecua a la realidad en la que vive e intenta renovar la tradición literaria del continente con el testimonio de su obra. Desde muy temprano, con *Cuestiones estéticas* (1911), había delineado el mapa de sus propósitos como escritor e intelectual. Luego, desde España, hace una reconstrucción histórica y poética de la primera imagen que tuvieron de la tierra americana los conquistadores. En su peregrinaje como diplomático por distintos países (Francia, Buenos Aires, Río de Janeiro, entre otros) acentúa su conciencia latinoamericana movido por el afán de mantenerse al tanto del ambiente literario de su país y a la vez trabajando arduamente en la construcción de su identidad como escritor, de su legado inherente a la realización de su pensamiento americano. Reyes mantuvo siempre encendida la antorcha en la que ardían impulsos de descontento y esperanzas de una promesa, que junto a Pedro Henríquez Ureña y Antonio Caso habían inaugurado a principios del siglo XX: el empeño por reorganizar la vida espiritual y cultural de México y de Latinoamérica (Girardot 5).

La preocupación por el espíritu de América en Alfonso Reyes se ve reflejada en gran parte de su obra. Sin embargo, es en *Última Tule* en donde reflexiona sobre ello con un sentido histórico, literario y filosófico. Esta obra comprende una serie de ensayos en los que el autor define su idea utópica del continente americano; idea que nos habla del “compromiso del escritor con el destino del continente” (Corral 173). Nos interesa en específico el apartado que titula “Notas sobre la inteligencia americana”, en el que este concepto adquiere su mayor corporeidad y contundencia.

Alfonso Reyes aduce que quiere desatar una conversación sin agotar el plano de los problemas y sin aportar soluciones incisivas. Toma a América como pretexto para abordar “algunos temas universales” (82). No le interesa hablar de civilización americana, puesto que eso lo llevaría hacia una arqueología que excede los límites de su escrito; tampoco quiere hablar de cultura americana, porque ello es algo “equivoco” que nos haría pensar en “una rama del árbol de Europa trasplantada a suelo americano” (82). Lo que se propone es hablar de “inteligencia americana” para poder definir el contorno de América:

Llegada tarde al banquete de la civilización europea, América vive saltando etapas, apresurando el paso y corriendo de una forma en otra, sin haber dado tiempo a que madure del todo la forma precedente. A veces el salto es osado y la nueva forma tiene el aire de un alimento retirado del fuego antes de alcanzar su plena cocción. La tradición ha pesado menos, y esto explica la audacia. Pero falta todavía saber si el ritmo europeo –que procuramos alcanzar a grandes zancadas, no pudiendo emparejarlo a su paso medio-, es el único “tempo” histórico posible; y nadie ha demostrado todavía que una cierta aceleración del proceso sea contra natura. (82-83)

Reyes es consciente del proceso de hibridación, del choque de sangres, de mestizaje, de intentos de adaptación y absorción por el que ha trasegado el “Nuevo Continente”. El indio, el

negro, el mestizo, el ibérico, el blanco inmigrante europeo, forman una gama de amplios colores que configura el tono de nuestro suelo americano. Es aquí, en esta disyuntiva, en la que opera la “inteligencia americana”. Esta tiene que ver con un modo de ser que acoge las influencias del ambiente, la nueva organización económica, la sensibilidad y el instinto de propiedad que nace en el interior de cada uno de los habitantes latinoamericanos. Se suma también el sentimiento de independencia americanista que relega un conflicto “entre americanistas e hispanistas, entre los que cargan el acento en la nueva realidad y los que lo cargan en la antigua tradición”:

La emancipación era tan reciente que ni el padre ni el hijo sabían todavía conllevarla con buen entendimiento. Tercera disyuntiva: un polo está en Europa y otro en los Estados Unidos. De ambos recibimos inspiraciones. Nuestras utopías constitucionales combinan la filosofía política de Francia con el federalismo presidencial de los Estados Unidos. Las sirenas de Europa y las de Norte América cantan a la vez para nosotros. De un modo general, la inteligencia de nuestra América (sin negar por ello las individualidades más selectas de la otra América), parece que encuentra en Europa una visión de lo humano más universal, más básica, más conforme con su propio sentir. (84)

La “inteligencia americana” acoge los pueblos de todos los climas, extrae de cada uno el provecho que le concede la búsqueda de su autenticidad humana. La condición como latinoamericanos suscita una disyuntiva en la conducta: un sentido de orientación y asimilación que nos lleva a escuchar el canto de las “sirenas” europeas o norteamericanas para la configuración de una brújula que determine el rumbo de nuestro destino. Imagen de un mapa como identidad. Situación que alterna ventajas y desventajas. Reyes arguye que la “inteligencia americana” no es especializada debido al marco social en el que se inscriben los intelectuales o humanistas, que no pueden dedicarse por entero a las labores del pensamiento

porque tienen otros oficios que deben atender. La inteligencia aquí se pone en el orden de la acción, que media con las labores públicas y el espacio para el pensamiento: “la producción intelectual es esporádica, la mente anda distraída” (85). El intelectual americano no cuenta con el privilegio de vivir encerrado en una torre de marfil, sin preocuparse por lo que sucede en el mundo. En su avatar no se resigna a dejar de lado las continuas urgencias del mundo cotidiano:

La inteligencia americana está más avezada en el aire de la calle; entre nosotros no hay, no puede haber torres de marfil. Esta nueva disyuntiva de ventajas y desventajas admite también una síntesis, un equilibrio que se resuelve en una peculiar manera entender el trabajo intelectual como servicio público y como deber civilizador. Naturalmente, que esto no anula, por fortuna, las posibilidades del paréntesis, del lujo del ocio literario puro, fuente en la que hay que bañarse con una saludable frecuencia. Mientras que en Europa, el paréntesis pudo ser lo normal. Nace el escritor europeo en el piso más alto de la Torre Eiffel. Un esfuerzo de pocos metros y ya campea sobre las cimas mentales. Nace el escritor americano como en la región del fuego central. Después de un colosal esfuerzo, en que muchas veces le ayuda una vitalidad exacerbada que casi se parece al genio, apenas logra asomarse a la sobrehaz de la tierra. (86)

El escritor americano, como lo anota Reyes, hace un esfuerzo por contrarrestar las lagunas de su formación debido a sus condiciones sociales; está llamado a desempeñar una función complementaria: erigir síntesis, aplicar rápidamente sus resultados asumiendo la teoría en la acción y la acción en la teoría, avanzando hacia Occidente con un sentido de asimilación y apropiación¹⁷. Pedro Henríquez Ureña resalta que todo aislamiento es ilusorio, pues “no sólo

¹⁷ En esta actividad desbordante, de un incesante quehacer intelectual alfonsino, también encontramos otros datos claves, como lo señala Virginia Aspe, que ayudaron a ensanchar su panorama humanístico: “A don Alfonso le configuró su inteligencia el haber sido miembro del servicio diplomático mexicano. Ese oficio no sólo lo refinó más en sus modales y maneras facilitándole relaciones culturales extranjeras de primer orden, sino que modeló su

sería ilusorio el aislamiento –la red de las comunicaciones lo impide-, sino que tenemos derecho a tomar de Europa todo lo que nos plazca: tenemos derecho a todos los beneficios de la cultura universal” (29). La armonía de la “inteligencia americana” que se denota aquí comporta una mentalidad dinámica: a la vez que está arraigada en su tierra, se mueve con una naturalidad internacionalista:

Esto se explica, no sólo porque nuestra América ofrezca condiciones para ser el crisol de aquella futura “raza cósmica” que Vasconcelos ha soñado, sino también porque hemos tenido que ir a buscar nuestros instrumentos culturales en los grandes centros europeos, acostumbrándonos así a manejar las nociones extranjeras como si fueran cosa propia. En tanto que el europeo no ha necesitado de asomarse a América para construir su sistema del mundo, el americano estudia, conoce y practica a Europa desde la escuela primaria. (Reyes 87)

Al americano, nacido y arraigado en un suelo que no es el foco de la civilización, lo que le queda es salir de las “fatalidades de la cárcel concéntrica” (88) en la que está y asumir la síntesis de su cultura como punto de partida. La “inteligencia americana” no es emocional, regional o parroquial. Su empeño va más allá del autoctonismo exacerbado; anida en ella, en cambio, un “internacionalismo connatural” (87) en el que América no se limita a América. Reyes se sirve de esta idea para forjar una búsqueda de identidad, para plantearse un problema inherente a su labor como humanista. Por ello acoge “la imagen europea del Nuevo Mundo como camino para aproximarse a la esencia americana, como medio para entender mejor lo que es la esencia americana” (Houvenaghel 153). Con un estilo de alegato jurídico, Reyes

inteligencia de un modo más institucional y frío, desapegado del impulso emocional que tanto le jalaba por la palabra poética, dándole pausa y reflexión, y una experiencia universal de talante filosófico” (13).

plantea la “inteligencia americana” como un concepto en el que se ve representado la condición del escritor latinoamericano y su posibilidad de sintetizar los legados culturales a través de un ejercicio de apropiación, para crear un esfera propia de pensamiento e identidad:

Hace tiempo que entre España y nosotros existe un sentimiento de nivelación y de igualdad. Y ahora yo digo ante el tribunal de pensadores internacionales que me escucha: reconocemos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituareis a contar con nosotros. (90)

2.4 Concreción de una búsqueda cultural

En Alfonso Reyes nunca hubo ausencia de sentido humanístico. Dentro de sus proyectos siempre estuvo difundir en tierras extranjeras el panorama de la literatura mexicana y a la vez contribuir a ese panorama con sus mismos escritos. Lejos de su país, recorre y vivifica su raíz mexicana, la tradición europea y la de su propio continente. Como intelectual americano en el exilio, observa su destino y cree que la realización individual es el motor de su papel activo en el proceso de formación cultural de Latinoamérica. Su larga ausencia en el país no significó que dejara de ser mexicano. La vocación y las circunstancias hicieron que actuara como un empresario iniciador de la cultura. Su americanía andante era un humanismo progresista.

Con *Visión de Anáhuac*, Reyes traza la primera contribución estética de su americanismo, en donde asevera que está muy lejos de “los que sueñan en perpetuaciones absurdas de la tradición indígena y ni siquiera fío demasiado en perpetuaciones de la española” (34). En este texto el autor responde con otro enfoque sobre el asunto: recrea, inventa el paisaje original del Valle de Anáhuac, espacio de encuentro entre Cortés y

Moctezuma. Allí funde erudición, imágenes poéticas, crónicas, miradas de viajeros extranjeros y fragmentos de poesía indígena, logrando así un sincretismo cultural y textual, una síntesis muy anterior de la que hablará en sus ensayos programáticos sobre la “inteligencia americana”.

En *A vuelta de correo*, Alfonso Reyes va sentando las bases de algunas de sus ideas claves sobre el americanismo. En la entrega de su correo, el autor va delineando observaciones en torno al problema del escritor americano, singularmente al hecho de vivir en el seno de una civilización importada y a la dicotomía entre nacionalismo y/o europeísmo. Saliendo al paso con la premisa de que se es más mexicano siendo universal, puesto que trascendiendo el marco local se logra cumplir con el doble propósito de tener un carácter nacional y universal.

Alfonso Reyes tiene el sensorio de un humanista ubicado en el Renacimiento (Girardot 8), y a la vez la vocación de maestro empeñado en afianzar las bases del pensamiento latinoamericano. Esto se trasluce en *Última Tule*. Sus trabajos estuvieron al servicio de rescatar nuestras figuras universales, como Ruiz de Alarcón y Sor Juana, en calidad de contundentes pruebas de la existencia temprana de una identidad cultural propia, con el fin de prestigiar a América ante Europa (Retamar 348). Reyes exalta en América el nacimiento de una idiosincrasia cultural que tiene sus gérmenes en la hibridación y la síntesis. Funge la idea de su “inteligencia americana” como un proceso de asimilación, como una herramienta que constituye nuestro vínculo histórico con la cultura universal. Aspecto que, en palabras de Victoria Ocampo, también se traslucía en él:

Alfonso Reyes de nuestra América y de nuestra Europa, oías ese canto de tu Mallarmé con finísimo oído. Y al mismo tiempo eras tan de nuestras tierras como esos frutos nuestros que los

europeos adoptaron y que corren hoy por el mundo entero como si siempre hubieran pertenecido al mundo entero. Mucho te debemos, mucho te agradecemos, mucho te queremos, mucho nos honra llamarte hermano; así nos llamas tú. Hemos nacido en las dos extremidades del mismo país que se extiende a lo largo de más de medio continente. Y porque nacen en él hombres como tú, nos sentimos obligados a no perder la esperanza, virtud teologal a menudo tan difícil en nuestra América. (292)

De acuerdo a la situación histórica de Reyes en la que escribe cada uno de los textos que hemos abordado, encontramos la articulación de varios aspectos que trazan la evolución del concepto de “inteligencia americana” referente a su experiencia literaria: su actividad creativa, su reflexión sobre esa actividad, su erudición y la preocupación constante por su condición como escritor latinoamericano. Lo que da como resultado la conciencia de la posición que ocupa en el espacio de la cultura y la red de interrelaciones que constituyen las bases de su pensamiento americanista.

En ese “esfuerzo por descubrir el Mediterráneo por cuenta propia” (Reyes “El deslinde” 18), la “inteligencia americana” asume la responsabilidad de un compromiso en relación con lo literario (entendido como experiencia literaria) y la cultura. Lo cual provee el terreno para mantener un diálogo de intervención y continuidad de los procesos o los momentos en los que se modulan las diferencias culturales. La fundación del pensamiento americanista de Reyes se sirve de la apropiación de lo universal (demorándose en la propia contingencia), para asimilar todo con una voluntad de integración y libertad. Descubrir el Mediterráneo por cuenta propia, significa redescubrir lo que todavía no ha sido pensado, dicho o descubierto, para la construcción de sí mismos. El efecto fundacional del redescubrimiento reside menos en ser los eternos repetidores de Europa, que en la experiencia de volver a pasar

por allí, en su tradición, para ejercer una transformación histórica en la que se produzcan términos de compromiso cultural, mediados por la elaboración de nuevos signos de identidad.

Esta red de interrelaciones de la actividad literaria alfonsina constituye las bases de la “inteligencia americana”. La cual erige una búsqueda de mediación y significación en el tiempo secuencial de nuestras diferencias sociales, que es vivir en la periferia, al borde de dos culturas (la precolombina y la europea), para irrumpir con un sentido de autopresencia, con el fin de direccionar las diferencias de la síntesis cultural americana en “una armonía internacional de la cultura” (Reyes “Última...” 269).

En el orden histórico de la voluntad utópica de Alfonso Reyes, se traza la exploración de la propia originalidad que se perfila desde afuera sirviéndose de los grandes reactivos del pensamiento occidental, a fin de conocer la fisonomía que damos “como quien se estudia en el espejo” (Reyes “A vuelta...” 433-34). Esto constituye una cara doble del proceso en el que la “inteligencia americana” busca y consolida su autonomía. La otra es complemento de la primera, consiste en el proceso gradual de apropiación de la tradición, con el cual el proyecto americano sienta las premisas para hablar en los mismos términos a la cultura europea. La asimilación del recorrido por cuenta propia deviene en la incursión de perfilar una palabra ajustada a la elaboración conceptual que surge a partir de tomar conciencia del espacio que se ocupa como escritor latinoamericano.

Alfonso Reyes nos habla en nombre propio, desde la experiencia del recorrido que hace por cuenta propia, legitimada como el único lugar desde el cual adscribe sus reflexiones en torno a su condición de escritor en la periferia. Reyes asume sin tapujos “la función civilizadora de la alta cultura -originada en Europa pero definida, guardada y practicada por

una minoría intelectual ilustrada no necesariamente europea- para legitimar su propia carrera y producción intelectual” (Faber 18); y al mismo tiempo la utiliza para hacer una defensa de Latinoamérica como gestora y productora cultural.

Los escritos que hemos analizado del escritor regiomontano, nos han llevado a observar la evolución del concepto de “inteligencia americana” en relación con su situación histórica, trazando un hilo conductor que parte de las preocupaciones por su pasado azteca (*Visión de Anáhuac*), atravesando una discusión literaria, cuyo fundamento social es el nacionalismo frente al universalismo (*A vuelta de correo*), hasta llegar a la indagación por América Latina y el lugar que ocupa dentro de la cultura universal (*Última Tule*). Lo que vemos es el proceso evolutivo del pensamiento de Reyes respecto a sus preocupaciones intelectuales, asumiendo un compromiso por reivindicar el valor y la importancia de la cultura latinoamericana a través de las circunstancias mismas de su historicidad.

Ya hemos señalado que Reyes era un amante del orden, de la alta cultura, admirador de Europa, más cercano al hispanismo que al indigenismo, “enamorado de la mesura y la proporción” (Paz 227). Tenía plena conciencia de la importancia y los privilegios que le confería su condición de latinoamericano. Su independencia crítica -puesto que sólo sigue sus intereses e ideas en cuanto al papel social que debe representar como escritor-, le permite situarse en el terreno de una experiencia literaria que lo lleva a buscar un equilibrio entre la carrera propia, en tanto intelectual autónomo, y la dedicación humanista por trazar el contorno y la significación de una cultura que se distingue “por su forma de ver el mundo” (Reyes “Última...” 82). Esta armonía que se produce en su pensamiento le sirve para afinar su vocación y disciplina, su servicio y sacrificio, que evoca para defender su exilio y su distinguida relación con México.

La actividad febril que vive en España entre 1914 y 1919, amparado a los recursos de su vocación por las letras, donde “traduce, corrige, prepara ediciones de clásicos, pero sobre todo escribe y transcribe” (Castañón 184), le sirven para afianzar su carrera artística literaria y de paso elaborar una pesquisa de identidad. El estudio al que se confina en ese espacio ibérico, circundado por intelectuales de renombre como Azorín, Unamuno, Valle-Inclán y el mismo Ortega y Gasset, es al de la filología en el Centro de Estudios Históricos animado por Ramón Menéndez Pidal. Desde el exilio no olvida a México ni a América Latina. No es en vano que el estudio de la filología le deparé el encuentro con documentos y crónicas de la época de la Nueva España. De ahí la vuelta hacia los orígenes, hacia el pasado azteca, mediado por la preocupación de permanecer alejado de su tierra y mantener los rasgos de una voz propia, distintiva de la europea. Avanza entonces hacia la indagación de lo que él llama “el alma nacional” (Alicia Reyes 456). Escribe su *Visión de Anáhuac*, aunando lo histórico y lo literario, para establecer su propia reinscripción del pasado mexicano, interrogando tenazmente “a todos los fantasmas y las piedras de nuestras tumbas y de nuestros monumentos” (Reyes “Simpatías...” 421).

Sin embargo, esa constante y asidua interrogación nacional viene acompañada de un contrapunto que es su avidez cosmopolita, de ver las circunstancias históricas y culturales en términos universales. Desde España comienza a preocuparse por trazar un mapa de sus orígenes, por definir el perfil de América. Se remonta al Antiguo México, previo a los conquistadores, y escribe sobre el Valle de Anáhuac. Pero esta labor sólo le sirve para situarse en la construcción de una cultura diferente a la europea. Él ve a las culturas indígenas como un recuerdo lejano, más ajeno que propio. Lo que da como resultado la conciencia de no poderlas continuar, ya que eso sería una afectación arbitraria o un alarde romántico.

Alfonso Reyes se ve marcado por un apetito y un espíritu cosmopolita. Por eso en 1932, varios años antes de instalarse en México definitivamente, los lectores malintencionados como el periodista Héctor Pérez Martínez, le reprochan el no ocuparse lo suficiente de México, ni en su obra en general ni en su revista personal *Monterrey*. A lo cual, Reyes responde con una reflexión inmediata, describiendo su propia labor como escritor e intelectual, desarrollada en un paralelismo justo con su realidad circundante: al ser universal se es más nacional. Reyes vivió gran parte de su vida fuera de su país, desde 1914 hasta 1939, ganándose la vida como escritor, representando a su nación como embajador y diplomático; difundiendo la literatura nacional en el exterior y construyendo la cultura del presente, del porvenir a través de su intervención y voluntad creadora. Nunca negó que América nace de Europa, pero dejó por sentado que el continente ya contaba con una personalidad propia. Al igual que un tiempo propio. Sabía que habíamos llegado tarde, como latinoamericanos, “al banquete de la civilización europea” (Reyes “Última...” 82); no obstante, tenía la certeza que esa llegada tardía nos permitiría un desarrollo más rápido y eficaz que el de Europa, mediada por la “inteligencia americana”, “para ponernos al día en menos tiempo” (83).

Capítulo III

El deslinde: trayecto y devenir

De la inteligencia americana

Alfonso Reyes aborda la crítica y la práctica literaria a partir de su pensamiento americanista. Indaga sobre el fenómeno literario desde sus hallazgos y preocupaciones geoculturales. Su meta humanística avanza con su trayectoria personal, implícita en el proceso de sus ideas y textos, cuyas reflexiones se articulan en torno a la necesidad de establecer una intervención dialógica con el espacio de la cultura universal en relación con el mundo desde América Latina. *El deslinde* es, pues, la cristalización del discurso intelectual latinoamericano en la primera mitad del siglo XX. Como lo señala Ignacio Sánchez Prado, dicho texto viene a contrarrestar el problema de la legitimación “de los estudios humanísticos en la constitución de una nueva política cultural latinoamericana” (“Intermitencias...” 15). En ese sentido, el presente capítulo analiza *El deslinde* de Reyes como culminación de sus ideas acerca de la “inteligencia americana”, cuya corporalidad se afianza en el razonamiento teórico sobre la literatura.

3.1 Pensar lo literario

Alfonso Reyes retoma dentro de su proyecto americanista las bases de las ideas utopistas del Ateneo. El programa mexicano del Ateneo de la Juventud influye de manera explícita en la imagen que Alfonso Reyes tiene de América. Para los ateneístas, México necesitaba una renovación mental, en la que se dispusiera de una libertad de cátedra y de pensamiento, con la

prioridad de afirmar nuevos valores culturales, éticos y estéticos en los que México y América Latina lograran establecerse como una nueva realidad social y política. Reyes construye su perspectiva americanista entre 1920 y 1942, en un período en el que Europa “había fracasado en asegurar la paz mundial y amenazaba con caer en manos del fascismo. En no pocos círculos intelectuales se hablaba ya de la “fatiga espiritual” de Europa y se discutían las ideas de Spengler sobre la Decadencia de Occidente” (Castro-Gómez 55). Para Reyes, Europa pierde el juicio en el avance del fascismo y la segunda guerra mundial. Las condiciones de decadencia espiritual europeas de la época, hacen que el autor mexicano piense en América Latina como “el último reducto de lo humano” (“Última...” 111). Es decir, que para el escritor mexicano el deber de América era hacerse cargo, dado el desastre total de Europa, de la herencia de la civilización

Lo que le interesa es plantear el quehacer intelectual autónomo en América Latina y asumir esa condición, superando cualquier marginalidad en la disposición del discurso, para intervenir en el espacio de la realidad de las estructuras del universo literario y social. Su inquietud es enfrentar esta cuestión realizando un dialogismo con la tradición cultural de Occidente, para rescatar la idea del sujeto intelectual como totalizador de la experiencia, recogiendo las letras clásicas y los nuevos métodos críticos y filosóficos. Si Alfonso Reyes incorpora, en su acervo literario, los temas grecolatinos¹⁸, las cuestiones literarias y filosóficas de distintas tradiciones, no es para desplegar su erudición en aras a una distinción intelectual, sino para enfocar el pensamiento hacia una problemática de su condición como

¹⁸ En Reyes lo grecolatino hace parte de su idea central sobre el humanismo, en vías a una recuperación direccionada hacia un espacio pragmático del intelectual latinoamericano. Gutiérrez Girardot especifica que el autor “actualiza valores griegos, pero sin ánimo nostálgico. Su Grecia no es como la del “neohumanismo” alemán, una Grecia idealizada y refugio del presente, con la que se mide negativamente el mundo actual. Su Grecia es ejemplar porque no sólo creó la idea del hombre, sino porque padeció problemas que también conoce el mundo contemporáneo” (13).

escritor latinoamericano: erigir la “inteligencia americana” como función, acción y toma de posición en el marco de la “República internacional de las letras” (Casanova 25). Reyes se considera heredero de una larga tradición literaria y a la vez un humanista activo, que revivifica su patrimonio literario sirviéndose de él como participante de la cultura universal, para direccionar toda esa experiencia en la posibilidad de reconfigurar una verdadera “conciencia intelectual” (Reyes “Ciencia social...” 115). Planteando así la dimensión del escritor latinoamericano como síntesis de una vocación internacionalista:

Por su conocimiento hondísimo de las literaturas pretéritas y presentes, por su saber ágil y opulento, Reyes es (como Gourmont, Apollinaire, Larbaud) el tipo del erudito moderno, en el que la sed de conocer, el desvelo de investigar, la sagacidad criticista y la pujanza creadora están intrínsecamente fundidos (...) La civilización literaria de Alfonso Reyes, perfilada por una sólida cultura cosmopolita y por la dinámica experiencia de los viajes, está orientada por la brújula de su sensibilidad y por su agudeza glosadora. (Muñoz 363)

Alfonso Reyes concluye su labor diplomática en 1939, regresa a su país y emprende su etapa mexicana después de una larga ausencia de 35 años¹⁹. La experiencia en el extranjero le ha servido para pensar su condición de escritor latinoamericano. Sabe que es un “intelectual periférico en la tradición occidental, cuyo movimiento crítico radica no en la constitución de un sistema de signos que dé cuenta legítima de la “nación”, sino de una ontología crítica del movimiento mismo de su historia” (Sánchez Prado “Naciones...” 64). Es lo que, en términos de Casanova, se establece como la construcción incansable de una representación literaria:

¹⁹ Es designado presidente de La Casa de España en México, actualmente El Colegio de México, una institución creada por el gobierno mexicano para acoger a los exiliados españoles de la guerra civil, cúmulo de intelectuales que robusteció la cultura en el país, desplegando la investigación y la educación superior. Bajo el mando de Alfonso Reyes como presidente de esta institución estuvieron José Gaos, Luis Villoro, Samuel Ramos, Leopoldo Zea, Fernando Salmerón, Carmen Rovira, Alejandro Rossi, Edmundo O’ Gorman, entre otros.

América del Norte y Latinoamérica también empezaron progresivamente a abrirse camino a lo largo del siglo XIX; por último la descolonización impulsó a todos los países excluidos hasta entonces de la noción misma de la literatura propia (en África, en la India, en Asia...) a reivindicar a su vez el acceso a la legitimidad y la existencia literaria. (24)²⁰

Comienza la etapa de Reyes en la que direcciona su pensamiento hacia la reflexión de la actividad literaria. Rodeado de sus libros, inicia la escritura de tres obras: *La crítica en la edad ateniense* (1941), *La antigua retórica* (1942) y *La experiencia literaria* (1942). Los dos primeros libros están consagrados a la reconstrucción de los orígenes de la crítica literaria en la cultura occidental; el último, reúne múltiples consideraciones acerca de la propia experiencia literaria. No son confesiones ni reflexiones del acto creador, sino el desarrollo de páginas donde la erudición y el saber alfonsino se desplazan sobre la poesía, la crítica, las traducciones, la biografía y la ciencia de la literatura. Estos libros “son un llamamiento al orden y a la economía de la crítica literaria” (Sánchez Prado “Intermitencias...” 7-14). Son también textos de madurez: río del cauce que desembocará en el mar de las páginas de *El deslinde*.

²⁰ Para Pascale Casanova los escritores de la periferia son más aptos para crear innovaciones en las técnicas literarias debido a que éstos, al llegar al extranjero, encuentran su medida exacta de literatura y elocuencia (50). Esto quiere decir que el escritor de la periferia encuentra en lo extranjero una acumulación de recursos literarios que él mismo incorpora mediante una libertad asociada a la fascinación por las capitales literarias, que le hacen reivindicar el lugar que ocupa dentro de su tradición cultural y de este modo inaugurar nuevamente la literatura de su nación. Desde la periferia la instancia de la reapropiación cultural es estratégica, los escritores desde esta polaridad gozan de entera libertad, en la cual los límites hegemónicos se diseminan y se establecen nuevas significaciones literarias. La periferia se constituye entonces como un campo estratégico, en donde el escritor puede contar con una libertad que le permite moverse, asumir e incorporar cualquier tradición literaria y abrir un camino de nuevas representaciones significativas dentro de su misma tradición literaria.

3.2 Intervención del pensamiento teórico

La búsqueda intelectual de Alfonso Reyes deriva en la “inteligencia americana” para reivindicar el acceso del latinoamericano a una ciudadanía en el mundo: “Y ahora yo digo ante el tribunal de pensadores internacionales que me escuchan: reconocemos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad” (“Última...” 90). La fundación de la teoría literaria en América Latina va hilvanada con el proyecto de la “inteligencia americana”. *El deslinde* es el resultado final de ese proyecto. Esta obra, escrita en plena madurez intelectual, es la cúspide del pensamiento alfonsino. La posibilidad histórica de Reyes lo lleva a reclamar una legitimidad de los estudios humanísticos en la constitución de un nuevo direccionamiento de la cultura, erigiendo de esta manera un texto que sistematiza el hecho literario en consolidación con el propósito de hablar “al mundo europeo en sus mismos términos” (Mariaca 35).

Fundar la teoría es pensar más allá de los determinismos geográficos. Con este libro se concreta el bautismo de la teoría literaria latinoamericana. Es la forma visible de las ideas acerca de la literatura; idea perceptible por los ojos. Teoría vale a visión; cosmos equivale a ordenación: mirada que organiza el pensamiento de las ideas sobre la literatura. Alfonso Reyes erige una armonía de conceptos bajo una estructura en la que regula el discurso: sentido de organización universal ante el fenómeno de la literatura. Se enlaza un esfuerzo por la claridad para construir enunciados sistémicos sujetos a los presupuestos de la “cientificidad”.

El deslinde cubre un radio extenso de análisis, donde se alterna el intento de edificar pontones y al mismo tiempo resolver un enigma: la pregunta por el fundamento de lo literario. Líneas discursivas que comprenden todo aquello que los críticos o los teóricos han sumado o

añadido a la especificidad de la literatura²¹. *El deslinde* comienza con una curiosidad general: orientarse en busca de conceptos actuales. Meditar sobre las significaciones, acoger el espíritu filosófico, buscar acomodo, y ver claramente cómo aparece la imagen en el muro sensible: ordenación de nociones. Alfonso Reyes lanza su propuesta sin intermediarios, habla por sí mismo y crea un estatuto de enunciación teórica: “Nuestra América, heredera hoy de un compromiso abrumador de cultura y llamada a continuarlo, no podrá arriesgar su palabra si no se decide a eliminar, en cierta manera, al intermediario” (“El deslinde” 18).

Reyes entiende que la teoría de la literatura empieza cuando ocurre la pregunta por el fenómeno literario. No se trata de dictar leyes sumergiéndose en un esquema estético, ético o filosófico, para encasillar lo encasillable a partir de una preceptiva; sino pensar lo que es y lo que no es la literatura: deslindar. La teoría literaria es estructuración eidética suscitada por la creación. Se distingue de ella a partir del concepto. Alfonso Reyes inserta en su estudio de lo literario una sistematización a partir de un espíritu analítico; no se entromete a gobernar la creación, sólo a delinear su contorno.

El intento de construir una teoría de la literatura va ligado a la función de una crítica fundamentada en la sensibilidad y el conocimiento, donde el examen teórico es salvaguardado por el relieve de categorías valorativas para provocar el enramado de una unidad estimativa. *El deslinde* no es una vaga voz valorativa de la estimación literaria. Ignoramos la seguridad del suelo que pisamos: ¿Qué es la literatura? Este sentimiento asoma desde el alba de la crítica griega clásica, pasando por la escolástica, hasta desembocar en las distintas teorías del siglo XX (Piquer 22). Víctor Barrera Enderle apunta que la producción literaria alfonsina es un

²¹ En el ámbito de la crítica literaria dominan las individualidades, grandes hombres que escriben grandes textos; y así dejan huella en la historia de los estudios literarios: se privilegian los métodos, las escuelas, todo es una suma “de jalones de la historia del pensamiento “acerca de la literatura”, aportaciones que, sin llegar a constituir un cuerpo teórico propiamente dicho, sientan muchas bases epistemológicas de lo que el siglo XX ha sintetizado en su floresta de escuelas teórico-críticas” (Piquer 22-23).

intento por llenar ese “espacio vacío” del discurso teórico latinoamericano. En ese sentido Alfonso Reyes se erige como una figura que suple dicha “oquedad” con su producción crítica:

Hay ya en él una clara conciencia de explorar un territorio ignoto en la cultura literaria latinoamericana, y por lo mismo surgía la duda de la posibilidad de un buen éxito en esta nueva empresa, pues significaba romper con su característica fragmentariedad y dispersión que hasta ese momento habían caracterizado su obra, y pretender ahora concretar un auténtico y universal conocimiento de la literatura. (Enderle 13)

El pensamiento americano debía consagrar a este tema la atención que se merece. Si como dice Reyes, “los griegos se volvieron locos con la razón” (“La antigua...” 558), sabía que él mismo, como humanista latinoamericano, debía insistir en la búsqueda de una apertura de la inteligencia en consonancia con un espacio de enunciación crítica. El progreso no es una ilusión para él. La responsabilidad humanística no desaparece. Otros se dedicaron a ser simples comentaristas de textos: escribas coptos adoquinados en la transcripción de lo que leen. Simples repetidores de ideas. Reyes, en cambio, no escapa a la problemática inquietud de asumir desde una nueva perspectiva la producción contemporánea, en la cual la teoría literaria representa un espacio fundamental en la construcción de las simbologías culturales y en la institucionalización del conocimiento (Enderle 17).

En Alfonso Reyes coexistía un espíritu de unidad: teoría y práctica de la literatura; creación y reflexión sobre la creación. Un dechado armonioso, figura de viabilidad suficiente, unidad necesaria. Él sabía que la cultura sólo existe “en cuanto aparece la transmisión de sus contenidos” (Reyes “Posición de...” 457). El hombre saca de sí la cultura; la naturaleza la provoca pero no la otorga. La cultura se aprehende, se estudia (Linton 55). Los individuos de cualquier nación participan por necesidad de la cultura y contribuyen con su trabajo a

establecer un nivel de ella misma. Reyes tenía confianza en que los pueblos de América contaban con las facilidades indispensables para su trabajo, en relación con una participación activa en la cultura. Se trataba entonces de aumentar las facilidades:

Preguntarse si América está madura para semejante trabajo no es disparatado, pero es ocioso. Varias veces nos hemos enfrentado con esta interrogación, y hemos tenido que confesarnos que el destino no puede ser aplazado; que, en este orden de fenómenos superiores a nuestra voluntad, casi ningún pueblo escoge su hora; que acaso los más han sido llamados prematuramente al arduo deber. Por otra parte, esta súbita aparición de una responsabilidad inesperada es lo que mejor contribuye a madurar a los pueblos y a los hombres. La toma de posición ante la cultura no es aquí una investidura automática. Supone una contribución del propio querer. (“Posición de...” 255-256)

Este querer tenía que provocarse y direccionarse hacia la desembocadura del pensamiento teórico. La teoría literaria no impera, propone. Reyes inaugura esta empresa en el contexto latinoamericano supeditado a un sentimiento de deber cultural y continental. Escribir y publicar no es una satisfacción suficiente para el humanista alfonsino. Su deber obedece a otras voces más incidentes. Su tarea es como un imperativo moral: sentar la autonomía del pensamiento americano a través de una unidad esquemática en un intento por reunificar las ideas en torno al fenómeno literario. No es la arbitrariedad de un demiurgo caprichoso que viene a nombrar nuevamente las cosas mediadas por una impulsión preadamita. Para Alfonso Reyes la cultura siempre fue “el repertorio del hombre” (“Posición de...” 258). No la consideraba un adorno, sino “un elemento consustancial del hombre y acaso su misma sustancia. Es el acarreo de conquistas a través de las cuales el hombre puede ser lo que es, y mejor aun lo que ha de llegar a ser” (Guerra “Recoge...” 467-468).

Adentrarse en la figuración de un pensamiento teórico sobre la literatura es un empeño fundamental. Reyes se hace cargo de esta tarea. Ejecuta *El deslinde* desde América en el desenvolvimiento de un diálogo con un sentido universal y a la vez auténtico. La “inteligencia americana” le permite buscar una dirección a través de la herencia de toda la cultura. El americano no se adoquina en sus murallas: mira otros aires a través de otras ventanas. No nos bastamos así mismos; buscamos lo que nos hace falta en otras tradiciones. ¿Qué es lo que aporta Reyes al diálogo de América? ¿Qué es lo que representa? En pleno sentido de su humanismo intelectual: entablar un diálogo entre iguales. Desea fijar un punto en el que se congregue la dispersión de voces: labrar el terreno epistemológico desde Latinoamérica y para Latinoamérica de un pensamiento sistémico acerca de la literatura.

3.3 ¿Cómo funciona *El deslinde*?

El deslinde es la obra más polémica y complicada de Reyes. Como lo manifiesta Virginia Aspe, él sabía que esta era su obra cumbre (9). Intentaba proponer un modo de estructuración teórica que no se había dado en América Latina. Para ello creó su propia metodología: un análisis de las diferencias, produciendo deslindes. Divide la obra en tres partes precisas: se pregunta qué es la poesía, anuncia la metodología del libro y acuña su nueva terminología conceptual: la función ancilar, la cuestión de los préstamos y empréstitos en los deslindes. En la segunda parte realiza su primer deslinde, o primera tríada de las ciencias teóricas: historia, ciencia de lo real y la literatura, vistas desde la cantidad y la cualidad hasta llegar a la ficción o deslinde poético. En la tercera y última parte realiza un análisis de la segunda tríada teórica: matemáticas, literatura y teología. Es un modo de acceso a la luz de los grados de constitución

de cada una de ellas. Rechaza hacer una ciencia de la literatura, pues lo que hace y propone es establecer el deslinde entre la literatura y la no-literatura. Ubica en el centro de su disertación la dimensión teórica que “es la contemplación más desinteresada frente a la postura activa y en su totalidad, entendida esta como rumbo mental, como sesgo noético con contenido noemático, como agencia del espíritu” (“El deslinde” 30).

El tema de *El deslinde* es el del objeto literario frente a otros objetos teóricos o creativos del espíritu²². El concepto de teoría literaria en Reyes es el planteamiento de un “estudio filosófico y, propiamente, fenomenográfico” (29). Es decir, una disciplina teórica, descriptiva, sin preocupación normativa de ninguna clase, que trata de dar cuenta de ese peculiar fenómeno que es la literatura. El método es puramente descriptivo, sin una predisposición taxativa en particular; todo ello mediante la abstracción analítica que parte de los fenómenos concretos, que son las obras literarias en sí. El concepto de literatura, en este marco programático, no avanza hacia el estatuto esencialista de tratar de definirla. Reyes entiende la literatura como una actividad creadora del sujeto y sabe que la teoría literaria no puede dar una perspectiva concreta frente a esto: “pedir a la teoría literaria una crítica concreta sobre tal o cual obra es pedir recetas culinarias a la química” (29).

El autor no pretende realizar un examen esencialista de la literatura, tampoco fijar ni precisar categorías inmóviles. En esto Reyes converge con la posición de Deleuze y Guattari que plantean la crítica literaria que concibe el fenómeno de la literatura como una “línea de fuga” que escapa a la sobrecodificación, que se escurre ante toda etiqueta que intenta estratificarla con una definición. Ante la pregunta: ¿qué es la literatura? Ellos responden que

²² El concepto de espíritu en Reyes tiene que ver con las manifestaciones del ser humano mediante los actos creativos o teóricos, ya sean literarios, filosóficos, históricos o teológicos.

es un flujo emancipador, que desestructura la realidad y la vuelve a recomponer, descomponiendo los códigos anteriores e inventando otros nuevos a partir de la creación de una lengua dentro de la lengua impuesta. Lo que importa, nos refieren Deleuze y Guattari en *Mil Mesetas*, es saber “con qué otra máquina la máquina literaria puede ser conectada” (10). En ese sentido, la literatura avanza como un agenciamiento, como un campo en donde se reúnen elementos heterogéneos, dinámicos, en un devenir-artístico en el que “escribir no tiene nada que ver con significar, sino con deslindar, cartografiar, incluso futuros parajes” (Deleuze-Guattari 11).

En relación con esto, Alfonso Reyes plantea en *El deslinde* que el estudio “del fenómeno literario es una fenomenografía del ente fluido”²³ (31). ¿Qué quiere decir esto? Que la literatura es una mudanza incesante, es un mar en donde confluyen fugaces superficies, en el que no es dado trazar rayas implacables; es decir, que ante el estudio de lo literario no se puede, como lo aclaran Deleuze y Guattari, “significar”, sino más bien “deslindar”. Esto es precisamente lo que lleva a cabo Reyes en su libro, él realiza un viaje teórico a través de regiones siempre indecisas al cartografiar una geografía de lo literario. Sin embargo, no pierde de vista que sus intenciones sólo tienen un carácter de aproximación, pues sabe que las realidades literarias no convidan a la precisión. No convidan a la precisión porque ellas se configuran como flujos. Reyes aduce, teniendo en cuenta esto, que “el agua es la literatura” (45) y sólo queda decantar o reconocer el líquido como tal y las distintas mezclas que lo componen.

²³ La fenomenografía se ocupa de la dispersión de la categoría de descripción. Es decir, de la jerarquía del conjunto de formas de experimentar un fenómeno o un problema: “La fenomenografía está enfocada en las formas de experimentar diversos fenómenos, de visualizarlos, saber acerca de ellos (...) Sin embargo, el propósito de esta perspectiva no es encontrar la esencia singular, sino la diferenciación y la arquitectura de esta diversidad en términos de los aspectos que definen los fenómenos” (Ortega Santos 2-3).

En ese sentido podemos ver dos ejemplos claves que nos brinda Reyes en su libro, en donde vemos esa “mudanza incesante” de la literatura con otras disciplinas en lo referente a los préstamos y empréritos de la función ancilar. En el primer caso, el autor se refiere a los textos científicos en los que coexiste un apremio de lo literario:

La poética, entendida como procedimiento de ejecución verbal, no se refiere sólo a la literatura. También el tratado científico se escribe o se redacta según cierta poética o arte, aun cuando nadie confunde su intención con la de una obra literaria. Este arte o estilo de la ciencia, aun cuando no imite o adopte el arte o estilo de la literatura, bien puede por sí mismo producir una emoción estética (...) En la más modesta percepción hay un sabor estético: el espíritu organiza siempre lo que recibe, la sensación misma lo organiza. “Hasta el aire es arquitectura”, dice Santayana. (46)

El otro ejemplo es tomado de la obra de Dostoievski, donde vemos la relación de los empréritos que toma la literatura de la no-literatura:

Este distingo se mantiene unas veces en el terreno cuantitativo, y otras adquiere de paso un valor cualitativo. Si un estudio sobre la psicología criminal está todo él consagrado a la obra de Dostoievski, o si cita simplemente un ejemplo de Dostoievski a título de aclaración pasajera, la función ancilar (préstamo) es cualitativamente idéntica, aunque cuantitativamente distinta. Pero ya no es lo mismo que un una novela aparezca una casual mención científica o que toda la acción se funde en un hecho científico, pues ahí la función ancilar –ahora, emprérito– adquiere, sobre el valor cuantitativo, otro cualitativo. (48)

Lo que a Reyes le importa es observar lo que distingue a la literatura frente a la historia, la ciencia, la matemática y la teología; examinar sus puntos de encuentro, contaminaciones y ensanches²⁴. Podemos tomar el ejemplo de Reyes y poner nuestras obras preferidas sobre la mesa: *Ilíada*, *La Eneida*, *Don Quijote*, *Hamlet*, *Un Coup de dés*, *Cien años*, entre otras. A la

²⁴ Para Reyes el “ensanche” no es más que las colaboraciones temáticas de las que se alimenta la literatura de la no-literatura, no sólo para conseguir diversidad de temas sino para enriquecer su forma interna.

teoría literaria no le interesa dividir las por sus rasgos particulares de épocas, países o géneros (de lo cual se ocupa la historia literaria); tampoco le interesa interpretar o analizar el contenido específico de tales obras, ni la bibliografía de sus autores; lo que le interesa es abstraer de todas ellas la naturaleza en común al fenómeno literario. ¿Qué hace que las cataloguemos como literatura? Dicha abstracción es la teoría literaria:

Las obras han pasado a ser ejemplos particulares. Tal es la literatura según la contempla la teoría literaria. Pero como en esta materia es imposible manejar la abstracción pura sin acercarse un poco más a las especies concretas (...) No negamos historicidad a la literatura, pero creemos que ella admite una abstracción fenomenográfica que ni es de orden específicamente psicológico ni tampoco de orden preceptivo. Esta abstracción es la teoría literaria. Quien dude de que pueda llevarse a esta abstracción el estudio de la literatura, todavía podrá aceptar nuestro libro –sin compromisos de doctrina– como una descripción metódica y organizada de los fenómenos más generales de la literatura, en su relación con las disciplinas más cercanas. (“El deslinde” 40)

Sin embargo, la teoría no busca la abstracción pura. ¿Bajo qué categorías separamos las obras literarias de las no literarias? Si nos encontramos ante una biblioteca y queremos distinguir los libros que son literatura de los que no lo son, se pensará en un principio la búsqueda señalando las novelas, los cuentos, las obras de teatro y los libros de poesía. Lo cual significaría reducir la literatura a géneros, que cambian constantemente debido a que “son modalidades accesorias, estratificaciones de la costumbre en una época, predilecciones de las pasajeras escuelas literarias” (Reyes “Apolo...” 74).

¿Se limita la literatura al aspecto formal? Si la escisión sólo se reduce a narrativa, drama y poesía, ¿entonces en dónde dejamos al ensayo literario? Reyes nos advierte que:

Tenemos que avanzar como el samurái, con dos espadas. Nuestra atención se divide en dos series de observaciones paralelas: lo literario y lo no literario; el movimiento del espíritu, y el dato captado por el espíritu; la noética o curso del pensar, y la noemática o ente pensado; la puntería y el blanco; la ejecución expresiva y el asunto significado. Estos haces paralelos no siempre coinciden en sus respectivas anchuras, y aquí y allá, aun se entrecruzan. (“El deslinde” 32)

El fluido literario se mueve en estado coloidal, está y no está, no tiene forma sólida. Se mezcla en las diversas disciplinas del espíritu. Hay literatura en los asuntos de la historia y su manera de expresarse, también en la filosofía y la ciencia, y a su vez hay asuntos históricos, filosóficos o científicos en la literatura. Se trata de observar cómo la literatura sirve a otras disciplinas y cómo ésta se sirve de otras disciplinas. Préstamo de lo literario a lo no-literario; empréstito que lo literario toma de lo no-literario. Categorías de lo que Reyes apunta como “función ancilar”, que también puede ser considerada como “función de servicio”. La función de servicio (con sus préstamos y empréstitos) puede darse en un sentido semántico o poético:

Las realidades literarias no convidan a la precisión al que no las padece o siente hasta cierto extremo doloroso; además de que la literatura dista mucho de las ciencias exactas. Cuando, por ejemplo, se dice “metro”, o cuando se dice “moneda”, nadie se permite en capricho en la interpretación. Pero ¡ponga usted de acuerdo a la gente cuando se dice “poesía” o se dice “crítica”! (33)

Por poética, Reyes entiende ejecución verbal (forma), trátase o no de literatura; por semántica, los asuntos de una determinada disciplina (fondo): “Poética: manera verbal. Semántica: materia significada” (38). Las dos coexisten, en mayor o en menor nivel, en cualquier manifestación del lenguaje sin que esta manifestación implique ser propiamente literatura: “Fondo y forma no se pueden separar, pero se pueden pensar por separado. Así, podemos

descubrir estética en los tratados científicos o históricos según se escriben o se redacten conforme cierta poética o arte, aunque su intención no sea hacer literatura” (Pineda 20). La literatura, con su función de servicio, ayuda a la historia, la ciencia y la filosofía. El fluido literario se mueve, permea varios campos del saber, tiene “ejércitos sobrantes para invadir campos ajenos” (“El deslinde” 10). Igualmente, ocurre un “ensanche” que toma la literatura de la no-literatura a través de empréstitos semióticos; esto es, colaboraciones temáticas de las que bebe y se nutre: “El estilo se nutre de pensamiento, no hay que olvidarlo. Así lo entendieron los antiguos, tanto en Grecia como en Roma” (“La antigua...” 433).

Cada obra en su aspecto noético (como motivo del pensar) sólo podrá descifrarse entonces a partir del conjunto de su composición (o ente pensado). Su coherencia recobrada emerge en relación con todo el universo distintivo del que hace parte. En ese sentido las obras literarias manifestarían su particularidad en tanto en cuanto existe una totalidad de la estructura que ha permitido su aparición; una estructura en la que circulan los medios y las vías específicas para la elaboración del arte literario:

La literatura no sólo es una agencia mental abstracta (lo literario), sino también un proceso que se desarrolla en el tiempo, una suma de obras que aparecen día a día. De modo que el tronco de la teoría literaria, en sus ramificaciones más finas, no conoce límites –así cuando llega a la descripción de los géneros-, y tiene que descender sin remedio a consideraciones históricas. La teoría literaria también tiene que descender sin remedio a la preceptiva, pero no sólo en cuanto examina y valora nomenclaturas que ésta propone y su correspondencia con las realidades literarias. Tales incursiones en campo ajeno deben discretamente administrarse de acuerdo con las necesidades de los propios objetivos teóricos. (“El deslinde” 30)

Lo que en este caso propone Alfonso Reyes es una delimitación del fenómeno literario llevado a sus límites fundamentales. No deslinda la filosofía porque arguye que no puede medirse la regla con la propia regla:

¿Por qué descartamos de plano la filosofía? Porque ésta, como disciplina específica, es perfectamente discernible, como movimiento mental es el instrumento mismo del deslinde entre lo histórico, lo científico y lo literario: la vara de medir no se mide a sí propia. La filosofía no puede deslindarse, porque ella misma es aquí la operación del deslinde. (80)

Por filosofía entiende Reyes un modo de relacionarse con el saber para llegar al claro conocimiento de una determinada materia. La teoría literaria pertenecería entonces al orden filosófico²⁵. Teoría literaria equivale a abstracción (y/o reflexión) sobre la literatura: “lo que don Alfonso sugiere es una especulación teórica que no es ciencia, pero que puede ser rigurosa y trabajar con materias similares, que avanzan en círculos, de forma excéntrica; y que se sabe, de principio a fin, producto de una múltiple red de ejecuciones verbales” (Enderle 145).

Reyes contempla la literatura de manera global sin afanarse por explicar tal género, tal autor u obra en específico. *El deslinde* acoge en su análisis la universalidad semántica y lingüística de la literatura. Sabe que el fenómeno literario es imposible de asir y definir con total certeza:

La teoría literaria que hemos soñado podrá o no llevarse a término. El primer paso era deslindar la literatura, conservando, a lo largo de tan abrumador ejercicio, aquella

²⁵ “*El deslinde* no es el título de una obra –comenta Virginia Aspe– sino un género filosófico que instauró anticipando un nuevo modo de hacer filosofía, filosofía de fronteras, en donde el método consiste precisamente en separar; filosofía de la diferencia, algo que hoy nos resulta familiar por el discurso filosófico de un Vattimo, Derrida, Lyotard o Foucault, pero que en los años cuarenta del siglo pasado era aún inimaginable” (13).

doble vista que permite concentrarse en los núcleos sin olvidar las dudosas periferias. (...) La literatura circula por venas incontables y a veces, más que se las ve, se la sospecha. Fenomenología del ente fluido hemos dicho. Pero del ente que corre y se escabulle por entre otros entes apenas menos proteicos. Sistema de lo no sistemable; rigor en lo instantáneo y fugaz; tanteo del latido, pero sin estrangular las arterias. ¡Qué múltiple, qué movediza, qué contradictoriamente hermosa, qué enigmática la literatura! (418)

La teoría literaria de *El deslinde* ejecuta sus principales categorías en tres aspectos: a) el fenómeno literario se mueve por todas las disciplinas mentales, las funciones formales²⁶ lo permiten, dados los préstamos y los empréstitos entre sí; b) universalidad de la literatura: la literatura presta servicios a otras disciplinas y, a su vez, se ensancha con otras disciplinas, puesto que las funciones formales, dada la fluidez entre sí, pueden permear los campos de la ciencia y la historia, para prestar a un discurso en prosa el ritmo poético; c) las fases de la crítica tienen un orden particular que se aplica a obras determinadas, puede haber literatura sin crítica, pero nunca crítica sin literatura: “La palabra se enfrenta con la palabra y le pide cuentas y la juzga; como, en suma, se enfrenta la crítica con las manifestaciones literarias” (Reyes “La crítica en la edad...” 17).

El primer paso de la teoría literaria es la impresión: “La literatura es dádiva universal, destinada a todos los hombres en calidad de tales, no de especialistas ni de críticos, y los hombres en calidad de tales responden a la literatura con la impresión” (Reyes “La antigua...”)

²⁶ Las funciones formales se ubican en la noética, es decir, son intuiciones de la mente, van a la par o acompañan la ejecución literaria: “Las funciones literarias dependen de la pureza o autonomía de la expresión. Si éste viene contaminado con la realidad de otras disciplinas o profesiones, casi autónoma en sí misma por la pura energía de las palabras, seguramente cuajará en la lírica. Si la expresión literaria arrastra varios datos de la realidad de otras disciplinas, históricas, científicas, políticas, etc., seguramente se albergará en la narrativa. Las funciones formales, drama, narrativa y poesía son, pues, cursos del pensar, formas en que fluye la literatura; no recipientes cerrados y estancados como deparan los géneros” (Pineda 70).

350). Pero no basta la impresión²⁷ como facultad general y humana para sentir la literatura, irresponsable en el sentido técnico, sino dar el salto hacia el principio de apreciación y abstracción del objeto estético en sí:

El impresionismo, campo de la crítica independiente, es ya una formulación redactada; es ya un producto de cultura y sensibilidad destinada a la preservación; es una respuesta a la literatura por parte de cierta opinión limitada y selecta. A la vez que orienta la opinión general, da avisos a la crítica de tipo más técnico sobre la aparición de una obra y las reacciones que provoca, de suerte que su utilidad es innegable. (...) Claro es que, cuando se queda en el nivel de una mera crónica, apenas merece el nombre de crítica y menos aún el de creación; pero en ocasiones se eleva a lo que pudiera llamarse poesía de la crítica, verdadera creación provocada por la creación, y este eco puede valer más que su motivo. ("La antigua..." 351)

La teoría es la base común de la postura intelectual frente a lo artístico. Lo que estudia Reyes son servicios o funciones ancilares de la literatura, mediante el movimiento o la intención del pensamiento teórico, observando las contaminaciones de frontera en las distintas disciplinas del espíritu para realizar el deslinde de sus fundamentos. De esta manera intenta dilucidar la literatura y observar que ésta no conoce límites noemáticos (sus motivos son ilimitados, puede aprovechar todas la poéticas y las semánticas ajenas), aunque no admite contaminaciones noéticas (su curso del pensar literario sólo es literario). Puede albergar universalidad de motivos, las influencias que reciba de la ciencia y la historia significan un ensanche, no una

²⁷ La impresión es la primera fase de la crítica literaria. Cuando la impresión aspira a la inmediata formulación literaria, tenemos la crítica impresionista o el impresionismo: "El término impresionismo nació (...) para clasificar una tendencia pictórica del último tercio del siglo XIX. El término luego se amplió para clasificar otras manifestaciones del arte y del pensamiento. El impresionismo en filosofía significa la ausencia de sentido sistemático, de donde brota el ensayo-divulgación o la exposición aforística (...), como también la explicación racionalista reemplazada por la identificación emocional y descriptiva (...) Todo esto permite darle mayor realce al lado artística de la crítica literaria" (Pineda 92).

limitación en su temática; pero su intención representativa es literaria y en este sentido es inflexiva:

La universal captación de la literatura sólo es posible merced a esa originalidad o autenticidad de su notación mental (...) La integración de todos los motivos e intenciones sólo puede expresarse en la literatura, y la literatura es la única disciplina que no se desvirtúa con tal integración, antes vive de ella. (“El deslinde” 107-108)

No le interesa a Reyes descubrir conceptos de validez universal y absoluta, ni captar impresiones individuales, sino examinar los lugares que la literatura frecuenta. *El deslinde* es una invitación a penetrar en los problemas de la teoría literaria, lo cual deja abiertas innumerables posibilidades a ulteriores investigaciones. Advierte al final, en un apartado que titula “Peroración”, que “este libro no es un alegato, sino una excursión por la selva de las disciplinas humanas” (417). Tomando en cuenta la literatura como ente fluido, no ha incurrido en fijar rayas en el agua. Tampoco fue a la caza de definiciones, sino a señalamientos de deslindes:

Se engendró este libro en el anhelo de dar alguna coherencia, alguna figura de unidad, siquiera cambiante y en movimiento como la bandada de aves, a las reflexiones recogidas en el curso de la experiencia literaria. Pero la literatura, por su misma naturaleza totalizadora, no podía ser recinto de reclusión, sino inmensa ventana desde donde se contempla la vastedad del mundo. (417)

Frente a este universo de imágenes particulares, Reyes conserva una postura analítica y receptiva, sin por ello prescindir de las fases críticas (impresión, impresionismo, exegética y juicio); ni de las fases generales, como la historia literaria y la preceptiva, sin confundirlas con la investigación de orden formal. Acepta de todo ello las luces que le sirven para analizar el

objeto literario, aplicando la disposición teórica de su examen. Es precavido contra los extravíos, comprende que la estimación de la literatura es quizá el único campo en donde “eclecticismo no resulta una ramplonería” (418). De su ejercicio no derivan normas ni cortapisas taxativas. Su expedición lo lleva a surcar las fronteras entre la literatura y otras disciplinas, para ver las contaminaciones y ensanches, servicios y fertilidades que subyacen en sus diferentes funciones semánticas y poéticas (movimientos noéticos y contenidos noemáticos):

El ejercicio que me propuse era a la vez humilde y cruel: tender un puente, y negarse a la tentación de cruzarlo; y, siendo adepto a la poesía, consagrarle, en lugar de un himno, una sucesión de fríos discrimenes. El deslinde nos conduce, con despiadada objetividad, hasta las orillas de la Isla Encantada y allí nos abandona al destino (...) Entretanto, tal ha sido el sueño, pero escaso el avance. El apeo ha sido tarea de más paciencia que de gloria. Y el libro hubiera sido más breve sin las incidencias del camino, que por sí solas disculpaban cierta distracción y encantamiento. Para mí el asunto era nuevo, y por la brevedad nunca se comienza. La sencillez, término natural de todo proceso, no se alcanza sin sacrificio. (420)

3.4 Estatuto de enunciación propia

El objeto principal de *El deslinde* es separar la literatura de otros modelos discursivos. El funcionamiento de la teoría, en el marco programático del libro, asume la aclaración de la literatura frente a la historia, la ciencia, la matemática y la teología, para ver puntos de encuentro, contaminaciones, empréstitos y ensanches del fenómeno literario con estas disciplinas. El método empleado avanza hacia la delimitación de contornos, lo que aduce Joaquín Xirau como resonancias morfológicas al estilo historiográfico de Toynbee (633).

Si bien Reyes aporta una nueva perspectiva en la asunción de la literatura al concebirla como un “ente fluido”, en donde vemos la convergencia con filósofos como Gilles Deleuze que plantean la literatura como un flujo emancipador²⁸; no obstante, la aplicación de su metodología fenomenográfica para hablar y examinar un tema tan sutil, discernir la “literatura” de otras actividades no-literarias, lo lleva a sondear las distinciones entre campos de esencias exactas e inexactas. Aspecto desproporcionado que hace del libro discurrir por esferas anacrónicas (las diferencias y semejanzas de la literatura con lo matemático, lo teológico y lo científico), en la demarcación de una realidad con connotaciones polisémicas, indecisas y aproximadas.

En este sentido, la desproporción del libro deviene por la metodología expuesta, en donde el desequilibrio de la obra en conjunto está supeditado al intento de querer abarcar diversas disciplinas de estudio para hablar de la literatura. Labor que Joaquín Xirau califica de innecesaria para ofrecer una visión clara a los lectores, tanto peritos en la materia como amateurs, acerca del fenómeno literario (635).

Nuestra intención no está encaminada a revalidar estos principios metodológicos ni mucho menos emprender una revisión exhaustiva del contenido dialógico de *El deslinde*, punto que Alfonso Rangel Guerra y Sebastián Pineda ya han realizado con mucha destreza y éxito; sino ver, que más allá del acierto o desacierto del planteamiento que esta obra ofrece, nos encontramos con un autor que crea un discurso teórico de cara a una “inteligencia americana”, teniendo conciencia del lugar que ocupa en el espacio de la cultura como

²⁸ Es decir, que Reyes, como lo vimos con Virginia Aspe, elabora un análisis sobre la diferencia de fronteras en los años cuarenta, en donde podemos observar confluencias con teóricos de los años setenta u ochenta. Pero esto no invalida el punto de que existen partes anacrónicas en *El deslinde*, en donde el autor en su intento didáctico abarca amplias disciplinas como la matemática y la teología, para hablarnos de lo literario.

latinoamericano y a la vez haciendo suyo el concepto goethiano de la literatura universal, concibiendo el quehacer literario desligado de toda frontera geopolítica.

Como lo hemos señalado al inicio de este capítulo, Reyes aborda la crítica y la práctica literaria desde su pensamiento americanista. La “inteligencia americana” enlaza lo ideológico, lo histórico y lo cultural con el tema de la identidad. Es la cuestión de lo latinoamericano en vías de una articulación universal, global. El intento de trazar un camino, siguiendo la tradición hispana y greco-latina, para incluir el latinoamericanismo en el “banquete de la civilización” (“Ultima...” 82), llega a su conjunción en el razonamiento teórico sobre la literatura:

El deslinde es una suerte de anomalía en el contexto tanto de la literatura mexicana como de la latinoamericana. Pese a que existen algunos textos de teorización de la literatura antes de él, como el trabajo de Roberto Brenes Mesén, ningún otro texto es de la envergadura o del alcance del libro de Reyes. Incluso, después de la publicación de *El deslinde*, tomó alrededor de 20 años la publicación de trabajos análogos (*La estructura de la obra literaria* de Félix Martínez Bonati). El nivel de densidad del libro de Reyes, no obstante, se mantiene inigualado. (Sánchez Prado “Intermitencias...” 14)

Reyes se apropia de la circunstancia del fenómeno literario a partir de su cosmopolitismo. Como lo ha señalado Gutiérrez Girardot, Alfonso Reyes pertenece a una generación de escritores, que junto a figuras como Antonio Caso o Vasconcelos, estaban preocupados por la instauración de bases institucionales en un proceso de desarrollo cultural en México y América Latina, relacionado con un proyecto educativo acorde a una fundación intelectual y humanística (8). Reyes, de acuerdo con la necesidad de constituir una teoría de la literatura en la formación del campo cultural latinoamericano, sistematiza en un texto las necesidades

culturales de la época, “el hecho literario como condición fundacional de una ciencia literaria hispanoamericana” (Sánchez Prado “intermitencias...” 16).

El deslinde es entonces el resultado de un acto intelectual concreto: interpretar una actividad intelectual en constante movimiento; encontrar especificidades teniendo en cuenta el reconocimiento de que no son inamovibles, que no implican una fijación, sino observar la experiencia literaria entendida como un flujo:

Es innegable que entre la expresión del creador literario y la comunicación que él nos transmite no hay ecuación matemática, una relación fija. La representación del mundo, las implicaciones psicológicas, las sugerencias verbales, son distintas para cada uno y determinan el ser personal del hombre. Por eso, el estudio del fenómeno literario es una fenomenografía del ente fluido. No sé si el Quijote que yo veo y percibo es exactamente igual al tuyo, ni si uno y otro se ajustan del todo dentro del Quijote que sentía, expresaba y comunicaba Cervantes. De aquí que cada ente literario esté condenado a una vida eterna, siempre nueva y siempre naciente, mientras viva la humanidad. (Reyes “La experiencia...” 84-85)

En este sentido el texto de Alfonso Reyes establece la experiencia literaria como ápice de su teorización. Desde este punto de vista, *El deslinde* es la piedra fundacional de la actividad teórico-literaria en América Latina, representando la posibilidad de “dotar a la exegética de un apoyo objetivo para el juicio literario” (Palou 51). De esta manera, la trayectoria y el devenir de la “inteligencia americana” alcanzan corporeidad en el registro discursivo del pensamiento teórico sobre la literatura. Es la concreción de un proyecto intelectual, cuya instauración marca la intervención del quehacer crítico en el espacio del campo literario latinoamericano. Por ello, Ignacio Sánchez Prado resalta que “*El deslinde* es un regreso a la individualidad del crítico” (“Intermitencias...” 38). También hay que añadir que es el regreso de la consecución

de una historicidad individual como toma de posición para desplegar el pensamiento por sí mismos, y no quedarnos siempre como los “eternos lectores y repetidores de Europa” (“El deslinde” 18).

Conclusiones

Volver a los clásicos es una tarea estimulante. Cada generación estudia a los clásicos para acoger ideas que se adaptan a su propio tiempo, a sus propias necesidades, constatando rasgos que el pasado les forjó; o en su defecto, para desmitificar proezas que otras generaciones les adjudicaron. Volver acercarse a Alfonso Reyes, es volver la mirada sobre un clásico de nuestras letras. Hemos recorrido parte de su obra a través de su propia perspectiva, observando su sentido de autopresencia, recogiendo su palabra para hacerla nuestra y anexarla como una experiencia viva en nuestro entorno académico y generacional. Orientados por esta idea, nos fuimos aproximando a su teoría literaria bajo una lectura actual, describiendo su labor de crítico, su trayectoria intelectual y humanista, su quehacer literario y sus preocupaciones como escritor latinoamericano.

En esa instancia vislumbramos el orden de una voluntad utópica, en la que el autor mexicano retoma las reflexiones críticas de sus colegas del Ateneo de la Juventud y de los más excelsos intelectuales latinoamericanos del siglo XIX, como Andrés Bello, Sarmiento y Rodó, quienes pugnaron por un desarrollo en la edificación del contorno cultural de América Latina. El influjo de los ateneístas en el pensamiento de Alfonso Reyes es notorio; este grupo planteó el alejamiento del positivismo en un contexto institucional de ideas filosóficas que tuvo auge durante el porfiriato. La idea central de ellos era darle nueva vida a las humanidades. Los ateneístas no estaban preocupados por plantear una reforma de los valores heredados de la tradición hispano-católica; les interesaba, en mayor modo, direccionar y

replantear los valores que habían sido introducidos de manera superficial en el *ethos* mexicano por los positivistas de las décadas anteriores. Sus críticas se dirigen concretamente hacia la concepción mecanicista de la educación, la política y el Estado diseñada por los “científicos” de Porfirio Díaz:

Los ideales del romanticismo literario tuvieron particular incidencia en México, en el seno del así llamado Ateneo de la Juventud, una institución cultural que funcionó en la capital mexicana entre 1906 y 1914 y cuya vida coincidió con la caída de Porfirio Díaz y el estallido de la Revolución Mexicana (...) Los ateneístas creían que con ellos se abría una nueva etapa del pensamiento en México. Al igual que los románticos alemanes un siglo antes, estaban convencidos de que el comienzo del siglo XX traería un renacimiento de los ideales humanistas y los valores éticos del mundo clásico. Pensaban, como los liberales y positivistas de las generaciones pasadas, que la reforma social de México debía comenzar por una reforma de la mente. (Castro-Gómez 54)

En la voluntad utópica de Reyes también sobresale su propia búsqueda de identidad, inquisiciones acerca del lugar que ocupa como latinoamericano en el espacio de la cultura universal. Separar vida y obra es simplificar el acervo de toda una trayectoria humanística: “Escribo conforme voy viviendo” (38), nos refiere en *Ancorajes*. Vida y obra se complementan. Lo primero explica lo segundo; lo segundo es resultado de lo primero. Alternancias y particularidades. Los cimientos de su búsqueda de identidad alcanzan temprana soltura con *Visión de Anáhuac*. Allí Reyes busca la definición de su tradición mexicana, desde un pasado inmediato y lejano, con el ayer de su sangre, con los antiguos mexicanos. De este pasado se sirve para ir en un sentido más amplio, más universal, que deja testimonio en *A vuelta de correo* y concreta en *Última Tule*.

Todo ello en convergencia con la finalidad de pensar su posición como escritor en una circunstancia histórica determinada, planteando, sobre todo, la necesidad de una intervención

dialógica con el espacio de la cultura y la literatura desde América Latina. En estos textos se refleja el punto de partida de sus inquietudes primigenias por sentar las bases de un pensamiento americano que se corresponda con el quehacer de su escritura. La meta intelectual de Alfonso Reyes avanza con su trayectoria personal, implícita en el proceso de sus ideas y textos. Habla en nombre propio, desde su experiencia, del recorrido que hace por cuenta propia, para erigir una conciencia de ser, una identidad que es una construcción perpetua y que no debe permanecer aislada con el mundo sino en pleno contacto con los otros.

La “inteligencia americana” nos invita al diálogo. A un diálogo de intervención de acuerdo a los procesos en los que se modulan las diferencias culturales, con el fin de direccionar dichas diferencias en una síntesis cultural con base a una armonía internacional. Siempre nos ha tocado escuchar los cantos de sirena que vienen de Occidente y de otros lugares foráneos. Las circunstancias de vivir en América Latina nos han llevado a buscar fuera de nuestro propio espacio, más allá de los límites de nuestro territorio, los “elementos indispensables a nuestra representación del mundo” (Reyes “Tentativas...” 334). No obstante, sintiéndose heredero de un compromiso abrumador con la cultura en nuestra América y llamado a continuarlo, Alfonso Reyes arriesga su palabra y nos manifiesta con *El deslinde* que ha llegado el turno de hablar por sí mismos, de pensar por sí mismos. El turno de hablar ahora es nuestro.

Las ideas literarias de Alfonso Reyes tuvieron mucha influencia en varios escritores mexicanos y latinoamericanos. Entre estos hechos destaca su influencia sobre Jorge Luis Borges y su labor pedagógica en el Colegio de México, en donde tuvo a cargo la formación de varios intelectuales, incluyendo la de Octavio Paz. Cuando Reyes llega como embajador a la Argentina en 1927, cultiva nuevas amistades y se acerca a los grupos literarios del país.

Conoce a Victoria Ocampo, Adolfo Bioy Casares, se reencuentra con Pedro Henríquez Ureña y entabla amistad con el joven Jorge Luis Borges, de apenas 28 años (Castañón 86). En ese entonces Borges quería ser un escritor nacional, escribía sobre los compadritos, los suburbios y estaba en la búsqueda de un lenguaje enteramente distintivo que caracterizara a los argentinos; lo que dio pie a libros como *Evaristo carriego* (1930). Amelia Barili refiere que la perspectiva literaria de Borges cambia rotundamente con la influencia de Reyes. El escritor mexicano le sugiere que la vía para ser “nacional” es ser universal, y lo conmina a la búsqueda de la apropiación de toda la cultura, de todas las tradiciones literarias y filosóficas.

En ese sentido Borges cambia su dirección y el marco de su programa literario. Aspecto que enfatiza Barili con el cuento “La muerte y la brújula”, incluido en *Ficciones* 1944, en donde el escritor argentino invierte el paradigma del cuento policíaco, en el cual vemos que se llega al develamiento de los crímenes, las claves del enigma, la recolección de datos y demás, supeditado por el juego geométrico que le propone el asesino al detective en un duelo intelectual focalizado por el resentimiento : “*La muerte y la brújula* es un perfecto ejemplo de la “inteligencia americana”, ya que este cuento de Borges hace gala de la irreverencia de quien escribe al margen entre dos culturas, subvirtiendo las reglas del género detectivesco que son parte del legado europeo que recibe el escritor latinoamericano” (Barili 166).

Cuando Reyes regresa a su país, en 1939, concluye su labor diplomática después de una larga ausencia de 35 años. Es designado presidente de La Casa de España, actualmente el Colegio de México, por el presidente Lázaro Cárdenas; esta institución es creada por el gobierno mexicano para fomentar la educación superior, la investigación de las ciencias sociales y las humanidades. Dicho claustro le dio refugio a los exiliados españoles de la guerra

civil, cúmulo de intelectuales que robusteció la cultura en el país. Bajo el mando de Alfonso Reyes estuvieron José Gaos, Luis Villoro, Samuel Ramos, Leopoldo Zea, Fernando Salmerón, Carmen Rovira, Alejandro Rossi, Edmundo O' Gorman, entre otros. Podemos observar con este hecho, que se demarca la responsabilidad del intelectual enfatizada hacia la adquisición del conocimiento cultural, para después ejercer su labor pública. El humanismo de Reyes no se consolida como un archivo de conocimientos adoquinados en una torre de marfil, sino como una labor encaminada a “poner al servicio del bien humano todo nuestro saber y todas nuestras actividades” (Reyes “Andrenio...” 403). La cultura es entendida aquí como una constante influencia en nuestra vida y nuestra identidad, para desembocar luego como intervención en el espacio de nuestra realidad social.

El incesante quehacer literario alfonsino, los viajes, las relaciones diplomáticas, la reivindicación de un estatuto cultural en el espacio transnacional, la apropiación de la tradición americana y europea como parte de un *continuum* discursivo y dialógico, revisten de fuerza y profundidad su perspectiva intelectual. La teoría literaria de Alfonso Reyes debe entenderse en función de su proyecto intelectual americano, como resultado de una contribución cultural que este mismo proyecto implica. La toma de postura americana frente a la teoría literaria prosigue la discusión en el reconocimiento crítico frente a las instancias del universo literario. La “inteligencia americana”, para Reyes, es la convocatoria fiel de su destino; *El deslinde*, es su concreción madura.

En el contexto del pensamiento hispanoamericano, *El deslinde* enmarca el camino por el cual se pasa de ser objeto de estudio a ser productor de enunciación teórica (Sánchez Prado “Intermitencias...” 16). Es decir, que el autor regiomontano efectúa la realización y consolidación de una “inteligencia americana” que asume una autonomía de las ideas en el

discurso teórico sobre la literatura. La toma de posición²⁹ que ejerce va hacia “un esfuerzo de totalización de la experiencia cultural y la consideración del sujeto como centro gravitacional –productor/receptor- de la misma” (Moraña 72).

El deslinde es una meditación escrita donde se sistematiza el saber literario alfonso; también es la culminación de un trabajo que tiene como trasfondo la búsqueda intelectual de un escritor por la consolidación de su propia formación discursiva. Es la concepción del espacio teórico asumido con suma libertad creativa en convergencia con el desarrollo intelectual personal; marco significativo en el que lo literario adquiere una dimensión simbólica con lo social y lo cultural: apropiación de un estatuto de autonomía del pensamiento latinoamericano.

Reyes perfila una memoria, una interpretación teórica desde nuestro continente. También abre caminos y preguntas en torno a qué significa ser un escritor latinoamericano. Participa directamente con la tradición cultural de Occidente y al mismo tiempo legitima su posición humanística con su carrera literaria y llena el “espacio vacío” del discurso teórico en el ámbito de nuestra tradición; proceso de articulación y estructuración de su pensamiento americanista; movimiento crítico, que atraviesa el movimiento mismo de su historia, en la elaboración sistémica de sus ideas literarias.

Nuestra lectura actual sobre Alfonso Reyes y *El deslinde* está supeditada a su trayectoria personal e intelectual; está sujeta a sus textos, a la proyección de su pensamiento de cara a una instancia universal. Nuestro hilo conductor fue la “inteligencia americana”; con la cual pudimos observar la labor de un crítico que a partir de la experiencia literaria piensa su

²⁹ Las tomas de posición, en términos de Bourdieu, tienen que ver con “el sistema de desviaciones diferenciales que define las diferentes posiciones en las dimensiones mayores del espacio social (...) de los agentes (o de las clases construidas de agentes), es decir en sus prácticas y en los bienes que poseen” (19).

condición de escritor latinoamericano y fundamenta su identidad a través de la cultura, de la elaboración de un discurso intelectual, aportando nociones claves en la construcción formativa de nuestro continente.

El direccionamiento intelectual de *El deslinde* está supeditado a la arquitectura analítica que el propio autor ejerce (cimentado en sus ejemplos, fuentes y experiencia literaria). Reminiscencia del diálogo helénico, dirá Ramón Xirau (80); intermitencias de posturas y propuestas que el mismo Reyes señala en el inicio del libro: “La vida de la literatura se reduce a un diálogo: el creador propone y el público (auditor, lector, etcétera) responde con sus reacciones tácitas o expresas” (25). Como lo remarca Rangel Guerra, en términos generales, la obra alfonsina en su momento no encontró interlocutor “con quien dialogar sobre las tesis básicas del libro” (106).

En nuestra época o momento actual somos conscientes del reto que implica acercarse a un autor como Alfonso Reyes y, más aún, a uno de sus textos más discutidos a lo largo de la crítica literaria contemporánea. Hoy vamos viendo que aquella obra se hizo a partir de una búsqueda de expresión propia, auténtica, por consolidar una identidad e independencia cultural. Un nuevo tipo de lector reclamará enseguida para Reyes la delicia y la seguridad de sus fuentes. Su obra no se ha detenido en el silencio; sigue ganando sus propios interlocutores. El escritor regiomontano le dedicó su vida a sus escritos; por lo tanto, merece ese lector capaz de jugarse su vida en una lectura, avanzando por su obra línea a línea, recogiendo de lo leído la presencia y esencia de todos sus días. El solo y dedicado lector resuelto como Aureliano Babilonia, leyendo y descifrando los pergaminos de Melquíades.

Bibliografía

- ASPE, Virginia Armella. "Alfonso Reyes". *Enciclopedia mexicana del siglo XX*. México: Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.
- CASANOVA, Pascale. *La República mundial de las Letras*. Traducción de Jaime Zulaika. Barcelona: Editorial Anagrama, 2001.
- CASTAÑÓN, Adolfo. *Alfonso Reyes: caballero de la voz errante*. México: Universidad Autónoma de Nuevo León, 2012.
- CASTRO GOMEZ, Santiago. "América Latina y la nueva mitología de la razón: el proyecto americanista de Alfonso Reyes". *Alfonso Reyes y los estudios latinoamericanos*. México: Serie Críticas, 2004. 51-62.
- CORRAL, Rose. "Alfonso Reyes y la cuestión del americanismo". *Alfonso Reyes y los estudios latinoamericanos*. México: Serie Críticas, 2004. 171-187.
- BACCA, Juan García. "El problema filosófico de la fenomenología literaria". *Filosofía y Letras* 8 (1944): 121-132.
- BARILI, Amelia. *Jorge Luis Borges y Alfonso Reyes: la cuestión de la identidad del escritor latinoamericano*. México: Fondo de Cultura Económica, 1999.

- BARTRA, Roger. *La jaula de la melancolía: identidad y metamorfosis del mexicano*. México: Grijalbo, 1987.
- BOURDIEU, Pierre. *Razones prácticas*. Traducción de Thomas Kauf. Barcelona: Anagrama, 2002.
- DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix. *Mil mesetas, capitalismo y esquizofrenia*. Traducción de José Vázquez Pérez y Umbelina Larraceleta. Valencia: Pre-textos, 2008.
- DOMENCHINA, Juan José. “Alfonso Reyes y su Visión de Anáhuac”. *Páginas sobre Alfonso Reyes I*. México: El Colegio Nacional, 1996. 460-475.
- ESCALANTE, Evodio. “Homonoia. La utopía cosmopolita de Alfonso Reyes”. *Alfonso Reyes y los estudios latinoamericanos*. México: Serie Críticas, 2004. 155-169.
- ENDERLE, Víctor Barrera. *La mudanza incesante: Teoría y crítica literaria en Alfonso Reyes*. México: Universidad Autónoma de Nuevo León, 2002.
- FABER, Sebastián. “Don Alfonso o la fuerza del sino: Reyes, la cultura latinoamericana y la defensa de la distinción”. *Alfonso Reyes y los estudios latinoamericanos*. México: Serie Críticas, 2004. 14-48.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto. *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. México: Nuestro Tiempo, 1981.
- _____. “Postscriptum. Sobre la importancia de Alfonso Reyes para Nuestra América”. *Alfonso Reyes y los estudios latinoamericanos*. México: Serie Críticas, 2004. 347-351.
- FRÍAS, Raúl Rangel. “El deslinde”. *Armas y Letras* 7 (1994): 1.

- ____. "Reyes y su Visión de Anáhuac". *Páginas sobre Alfonso Reyes IV*. México: El Colegio Nacional, 1997. 437-444.
- GIRARDOT, Rafael Gutiérrez. "Notas e informaciones sobre la imagen de América en Alfonso Reyes". *Páginas sobre Alfonso Reyes II*. México: El Colegio Nacional, 1996. 324-335.
- GÓMEZ, Ermilo Abreu. "El deslinde". *Letras de México IV* (1994): 1-2-10.
- GUERRA, Alfonso Rangel. *Las ideas literarias de Alfonso Reyes*. México: El Colegio de México, 1989.
- ____. "Belleza y composición de Visión de Aná-huac". *Páginas sobre Alfonso Reyes IV*. México: El Colegio Nacional, 1997. 445-452.
- ____. "Recoge el día". *Antología temática sobre Alfonso Reyes II*. México: El Colegio de México, 1997.
- GUERARD, Albert. "Alfonso Reyes: El deslinde". *Páginas sobre Alfonso Reyes I*. México: El Colegio Nacional, 1996. 630-631.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Obra crítica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1960.
- HOUVENAGHEL, Eugenia. *Alfonso Reyes y la historia de América*. México: Fondo de Cultura Económica, 2003.
- IMBERT ANDERSON, Enrique. "Teoría y práctica de la literatura en Alfonso Reyes". *Páginas sobre Alfonso Reyes IV*. México: El Colegio Nacional, 1997. 563-568.
- LINTON, Ralph. *Estudio del hombre*. México: fondo de cultura económica, 2006.

- LEAL, Luis. "La Visión de Anáhuac de Alfonso Reyes". *Páginas sobre Alfonso Reyes III*. México: El Colegio Nacional, 1996. 765-772.
- MAÑACH, Jorge. "In Price of the other America". *Páginas sobre Alfonso Reyes II*. México: El Colegio Nacional, 1996. 174-176.
- MARIACA, Guillermo Iturri. *El poder de la palabra*. La Habana: Casa de las Américas, 1993.
- MÉLENDEZ, Concha. "El deslinde". *Páginas sobre Alfonso Reyes I*. México: El Colegio Nacional, 1996. 652-655.
- MONREAL, Rogelio Arenas. *Alfonso Reyes y los hados de febrero*. México: Universidad Autónoma de México, 2004.
- MORALES, Ángel Luis. "Alfonso Reyes y la teoría literaria". *Páginas sobre Alfonso Reyes III*. México: El Colegio Nacional, 1996. 260-280.
- MORAÑA, Mabel. *Literatura y cultura nacional en Hispanoamérica (1910-1940)*. Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literatura, 1984.
- MUÑOZ, Gervasio Guillot. "Presentación de Alfonso Reyes". *Páginas sobre Alfonso Reyes I*. México: El Colegio Nacional, 1996.
- OCAMPO, Victoria. *Alfonso Reyes mexicano y europeo. Páginas sobre Alfonso Reyes III*. México: El Colegio Nacional, 1996.
- O'GORMAN, Edmundo. "Teoría del deslinde y deslinde de la teoría". *Revista Filosofía y Letras* 9 (1945): 21-36.

ORTEGA SANTOS, Themis. “La fenomenografía, una perspectiva para la investigación del aprendizaje y la enseñanza”. *Pampedia 3* (2006-2007):1-8.

PALOU, Pedro Ángel. *La ciudad crítica*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 1997.

PAZ, Octavio. “El jinete del aire: Alfonso Reyes”. *Obras Completas IV*. México: Fondo de Cultura Económica, 2003.

PEREIRA, Armando. “El Ateneo de la Juventud”. *Diccionario de la literatura mexicana. Siglo XX*. México: Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.

PINEDA, Sebastián. *La Musa Crítica, teoría y ciencia literaria de Alfonso Reyes*. México: El Colegio Nacional, 2007.

__. “La teoría literaria de Alfonso Reyes: La ausente de toda antología”. *Espéculo. Revista de estudios literarios*. 2005. Universidad Complutense de Madrid. 2012
<http://www.ucm.es/info/especulo/numero31/areyes.html>.

PIQUER, David Viñas. *Historia de la crítica literaria*. Barcelona: Editorial Ariel, 2007.

PLANCARTE, Alfonso Méndez. “El deslinde de Alfonso Reyes”. *El Universal* (1944): 3-9.

__. “El “ente religioso” El deslinde de Reyes”. *El Universal* (1944): 3-15.

__. “La iglesia y la Escolástica en El deslinde de Reyes”. *El Universal* (1944): 3-7.

___ . “Hermosura y verdad en El deslinde de Reyes”. *El Universal* (1944): 3-15.

PLANCARTE, Gabriel Méndez. “En torno a El deslinde”. *Revista Filosofía y Letras* 9 (1945): 11-20.

PORTUONDO, José Antonio. “Alfonso Reyes y la teoría literaria”. *Páginas sobre Alfonso Reyes I*. México: El colegio Nacional, 1996. 586-599.

PRADO, Ignacio Sánchez. “Las reencarnaciones del centauro: El deslinde después de los estudios culturales”. *Alfonso Reyes y los estudios latinoamericanos*. México: Serie Críticas, 2004. 89-105.

___ . *Intermitencias americanistas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2012.

___ . *Naciones intelectuales: La modernidad literaria mexicana de la constitución a la frontera (1917-2000)*. Pittsburgh: Universidad de Pittsburgh, 2002.

REYES, Alfonso. *El deslinde: Prolegómenos a la teoría literaria*. México: Fondo de Cultura Económica, 1983.

___ . “Andrenio: perfiles del hombre”. *Obras Completas XX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1979.

___ . “Historia documental de mis libros”. *Obras Completas XXIV*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.

___ . “Visión de Anáhuac”. *Obras Completas II*. México: Fondo de Cultura Económica, 1995.

- ____. “A Vuelta de Correo”. *Obras Completas VIII*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- ____. “Última Tule”. *Obras Completas XI*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- ____. “Simpatías y diferencias”. *Obras Completas IV*. Fondo de Cultura Económica, 1997.
- ____. *Obras Completas de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1956.
- ____. *La crítica en la edad ateniense / La antigua retórica*. México: 1997.
- ____. *La experiencia literaria*. México: Fondo de Cultura Económica, 1983.
- ____. *Al Yunque*. México: Tezontle, 1960.
- ____. “Tentativas y orientaciones”. *Obras Completas XI*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- ____. “Marginalia”. *Obras Completas XXII*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- ____. “Grata Compañía”. *Obras Completas XII*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- ____. “Posición de América”. *Obras Completas XI*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- ____. *Parentalia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1958.
- ____. “Tres puntos de exegética literaria”. *Obras Completas XIV*. México: Fondo de Cultura Económica, 1962.
- ____. *Ancorajes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1963.

- REYES, Alicia. "Evocación de Visión de Anáhuac". *Páginas sobre Alfonso Reyes IV*. México: El Colegio Nacional, 1997. 453-460.
- ROBB, James. "En busca de la región más transparente del aire de Alfonso Reyes". *Páginas sobre Alfonso Reyes III*. México: El Colegio Nacional, 1996. 995-1014.
- ROMANELL, Patrick. "El deslinde, prolegómenos a la teoría literaria". *Páginas sobre Alfonso Reyes II*. México: El Colegio Nacional, 1996. 7-10.
- ROSE, Jean. "Lecture de Visión de Anáhuac". *Páginas sobre Alfonso Reyes III*. México: El Colegio Nacional, 1996. 734-741.
- SÁNCHEZ, Ernesto Mejía. "Nota preliminar a El deslinde". *Obras Completas de Alfonso Reyes XV*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- SELDEN, Raman. *La teoría literaria contemporánea*. Barcelona: Ariel, 1985.
- XIRAU, Joaquín. "El deslinde". *Páginas sobre Alfonso Reyes I*. México: El Colegio Nacional, 1996. 632-636.
- XIRAU, Ramón. "La Última Tule de Alfonso Reyes". *Páginas sobre Alfonso Reyes III*. México: El Colegio Nacional, 1996. 293-299.